

Generación Divergente



OSVALDO REBOLLEDA

GENERACIÓN DIVERGENTE



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
Divergencias con Dios	10
Capítulo dos:	
Divergentes por Dios	27
Capítulo tres:	
Familias divergentes	43
Capítulo cuatro:	
Pensamientos divergentes	58
Capítulo cinco:	
Jesús el divergente	71
Capítulo seis:	
Divergentes por el Reino	88

Capítulo siete:

Las divergencias finales.....104

Reconocimientos.....116

Sobre el autor.....118

Introducción

“El Reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo Reino es Reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán”.

Daniel 7:27

Hace ya unos años que tenía en carpeta la idea de escribir este libro, y estoy persuadido de que este es el momento correcto para presentarlo a la Iglesia. Además, debo reconocer que me he sentido gratamente sorprendido por la dirección y la renovación del Espíritu Santo en el desarrollo de la enseñanza expresada en este libro.

El título y la idea me surgieron en el año 2014, cuando se estrenó en el cine de España y luego mundialmente, la primera entrega de una saga de películas, titulada “Divergente”. Fue una película basada en la novela de la escritora estadounidense Verónica Roth. Esa novela estaba ambientada en la ciudad de Chicago, pero exponiendo a una sociedad ficticia ciertamente indeseable en sí misma.

Esa sociedad, estaba absolutamente controlada por el gobierno, y estaba dividida en cinco facciones principales, clasificadas según el tipo de personas que vivían en ella. Esas facciones eran la “Verdad”, que estaba compuesta de gente

absolutamente sincera. La “Erudición”, compuesta por gente inteligente. La “Cordialidad”, compuesta por quienes eran pacíficos. La “Osadía”, que estaba compuesta por personas valientes, y la “Abnegación”, compuesta por los altruistas, aquellos que procuraban el bien ajeno aun a costa de renunciar a sus propios beneficios.

El personaje principal de la historia, era interpretado por la actriz llamada Beatrice Prior, cuyo personaje era conocido por el nombre de Tris, quien había sido criada en la facción Abnegación, de la cual también formaba parte toda su familia.

Al cumplir los 16 años, como todos los jóvenes de esa sociedad, Tris tuvo que cumplir una prueba de aptitud por medio de la cual, pretendían determinar su futuro, porque más allá de la facción en la que los jóvenes eran criados, era el resultado de esa prueba el que determinaba la facción a la cual deberían pertenecer. Por supuesto, el deseo de los jóvenes era el de permanecer con su familia, porque además de sus afectos, la mayoría guardaba las características de la cultura del hogar en el que se había criado.

Dicha prueba consistía en una simulación en la que dormían a los participantes en un líquido extraño para generarles sueños de apariencia real, a través de los cuales, debían enfrentar ciertas experiencias que detonaban acciones instintivas que delataban la facción a la cual debían pertenecer.

En el caso de Tris, descubre que no solo no encajaba en una sola facción, sino que era capaz de modificar las simulaciones. Las diferentes pruebas demostraron que ella tenía la característica de tres facciones diferentes: Abnegación, Osadía y Erudición. Es entonces cuando la protagonista se ve envuelta en un gran conflicto, porque aquellos que no encajaban en una facción determinada, eran considerados como “Divergentes”.

Cuando miré esa película, no pude dejar de asociarla con los hijos de Dios, en medio de la sociedad actual. Eso no fue el resultado de una simple asociación, sino que, en los meses siguientes, fui muy ministrado por el Señor respecto de que los hijos de Dios, debemos ser divergentes en una sociedad tan marcada como la actual.

Ser divergentes es ser diferentes, discordantes, discrepantes, disconformes, y contrarios. Es no coincidir con ideas, opiniones, tendencias, valores, modas, gustos, costumbres y todo aquello que contenga una esencia contraria a los principios de Dios. Los ciudadanos del Reino, no podemos ser como cualquier persona impregnada por la cultura de este tiempo. No hay duda de que somos diferentes, porque somos de la Luz y no pertenecemos a las tinieblas.

En mayo del año 2015, comencé una serie de siete mensajes que precisamente titulé como “Generación divergente”. Terminé esta serie de enseñanzas luego de un par de meses, y llevé algunas de esas enseñanzas a diferentes ciudades del país. Los audios de esa serie han recorrido

decenas de radios en varios países, y de hecho están cargados en mi página web, desde donde se pueden escuchar o descargar libremente.

Este libro no es una transcripción de esos audios, aunque ciertamente utilice algunos conceptos de esos días. Más bien diría que este libro, tiene los vientos nuevos de una década ganada en experiencias, conocimiento y desarrollo ministerial. Es por eso por lo que mencioné la renovación que recibí de parte del Espíritu Santo, al escribir cada una de las páginas de este libro.

También me pareció importante aclarar este origen en la introducción, porque al momento de armar el libro, observé que había algunos eventos cristianos, algunas páginas en redes sociales, y creo que también algún medio de comunicación con el nombre de “Generación divergente”. No deseo que piensen que tomé el título o la idea de este libro, de alguna de estas cosas, y por tal motivo lo aclaro exponiendo las pruebas.

Todos mis materiales de audio, de video y todos los libros son absolutamente gratuitos y libres para el uso de todos mis hermanos, pero de todas maneras me pareció ético aclararlo. Además, reitero que este libro tiene una frescura muy especial, incluso al grado de sentirme traspasado por estas enseñanzas que me han impulsado en la fe, y han renovado mi vigor espiritual con vistas a los tiempos que se vienen.

Estoy absolutamente convencido de que la Iglesia necesita ser divergente, si desea enfrentar efectivamente los últimos tiempos, y estar lista para la venida del Señor. El mundo no vive Reino, de hecho, está bajo la influencia de las tinieblas. Sin embargo, el Reino ya está entre nosotros, los hijos de la Luz. Debemos gestionar sus principios, viviendo en sabiduría y obrando bajo la unción del Espíritu Santo.

Si hacemos esto, seguramente no encajaremos en ninguna facción de esta sociedad, pero estaremos manifestando el Reino de Dios en la tierra. Y esa es una elección que no debemos evaluar; más bien diría, que es un reto que sin dudas debemos enfrentar, porque hemos sido empoderados en Cristo para eso.

“Y siempre le pedimos a Dios que puedan conocer su voluntad, y que tengan toda la sabiduría y la inteligencia que da el Espíritu Santo. Así podrán vivir de acuerdo con lo que el Señor quiere, y le agradecerán al hacer toda clase de buenas acciones y al aumentar su conocimiento de Dios; por su gran poder cobrarán nuevas fuerzas, y podrán soportar con paciencia todas las dificultades. Así, con gran alegría, darán gracias a Dios, el Padre. Porque él nos ha preparado para que recibamos, en su reino de luz, la herencia que él ha prometido a su pueblo elegido”.

Colosenses 1:9 al 12 BLS

Capítulo uno

DIVERGENCIAS CON DIOS

“Proclamaré el nombre del Señor.

¡Alaben la grandeza de nuestro Dios!

Él es la Roca, sus obras son perfectas, y todos sus caminos son justos. Dios es fiel; no practica la injusticia.

Él es recto y justo. Actuaron contra él de manera corrupta; para vergüenza de ellos, ya no son sus hijos; ¡son una generación torcida y perversa!”

Deuteronomio 32:3 al 5 NVI

Las personas divergentes son aquellas que tienden a no coincidir con las ideas y tendencias sociales, culturales o económicas de otros. La expresión divergente tiene su origen en el latín *“divergens”*, o *“divergentis”*, términos que expresan separación o diferencia. El verbo divergir, por su parte, refiere a dos elementos que se van separando de manera progresiva o a lo que resulta discordante.

Las opiniones divergentes son opuestas o, al menos, no coinciden entre sí. Por ejemplo: Si una persona sostiene que el gobierno debería reducir los impuestos para promover el crecimiento de la economía, mientras que otro sujeto cree, por el contrario, que las autoridades tendrían que incrementar los tributos para potenciar las inversiones estatales y así fomentar el desarrollo económico, se puede decir que ambas opiniones son divergentes.

Podemos definir la divergencia como líneas que se van apartando sucesivamente una de otra, formando varias líneas o superficies. El término divergente puede ser usado en diferentes contextos y, de ahí, su importancia de poseer el conocimiento de su significado. Divergencia es sinónimo de discrepancia, disconformidad, diferencia, desacuerdo; por lo tanto, en sentido figurado es ostentar diferentes puntos de vista sobre un tema determinado.

Si observamos el principio de la creación, encontramos que Adán fue creado perfecto, y no tenía a nadie con quien discrepar. Dios lo creó con libertad de decisión y sin la influencia, o la divergencia con otras personas. El libre albedrío con el que fue creado, no impedía que Adán fuera perfecto, porque Dios mismo aprobó su creación. Ahora bien, hay una diferencia lógica entre la perfección divina, y lo que puede ser considerado como perfecto en el sentido creacional.

Dios es perfecto en el sentido absoluto (**Salmo 18:30**); todo lo demás solo puede ser perfecto en sentido relativo. Por

ejemplo, un cuchillo puede ser perfecto para cortar carne, pero no se puede utilizar para tomar sopa. Así pues, las personas y las cosas solo son perfectas si cumplen el propósito para el que fueron creadas. De hecho, el cuchillo puede pasar de ser muy útil, a ser muy peligroso si se utiliza para dañar a otro ser.

Dios creó a Adán para ser de bendición, pero al final produjo maldición sobre toda la humanidad. En el principio, Dios creó a los seres humanos para que le obedecieran voluntariamente, no los programó para que le obedecieran automáticamente. La obediencia debía ser la elección de cada uno. Por tanto, si Adán hubiera sido creado sin la posibilidad de desobedecer, habría estado incompleto; es decir, habría sido imperfecto como ser vivo, más bien habría sido un simple autómatas.

Ahora bien, el problema estuvo en cómo empleó Adán, su libre albedrío. Las Escrituras indican que siguió el ejemplo de su esposa, y desobedeció la orden divina sobre no comer del árbol del conocimiento (**Génesis 2:17**). Esto no implica, que Dios haya creado al primer hombre con alguna limitación moral, que le impidiera tomar buenas decisiones o resistir tentaciones.

De hecho, cuando Adán pecó, Dios no consideró que el error se debiera a algún defecto de diseño, antes bien le cuestionó el haber estado de acuerdo con Eva, quien estuvo de acuerdo con la serpiente, quien tenía divergencias con Dios. Ese es el gran abismo entre la Luz de Dios y el reino de

las tinieblas. Las divergencias entre el padre de la mentira y el Padre de la Verdad, son irreconciliables.

Adán tuvo que elegir, y ciertamente tenía la libertad de hacerlo. Él no podía estar de acuerdo con Dios y con el diablo. Las divergencias, con uno de los dos extremos, fueron inevitables, y lamentablemente, eligió estar de acuerdo con el mentiroso. Es cierto que Adán no habló con la serpiente, pero al entrar en un acuerdo con su esposa, generó automáticamente una divergencia con Dios.

El ejemplo contrario de este problema es nada menos que Jesús, quien también fue un ser humano perfecto, igual que Adán. Él tampoco tuvo ninguna limitación que lo hiciera vulnerable a las tentaciones, pues fue concebido de manera divina (**Lucas 1:30 y 31**), por lo tanto, tenía un perfecto libre albedrío. No obstante, a diferencia de Adán, Jesús eligió tener irreconciliables divergencias con el diablo (**Lucas 4:2 al 13**), a la vez que se mantuvo absolutamente leal al Padre (**Juan 6:38**).

Adán fue el único responsable de su pecado; fue él, quien usando su libre albedrío, decidió desobedecer a Dios. Adán no fue precisamente engañado, sino que la mujer fue cabalmente engañada y llegó a estar en transgresión, esto lo dice claramente Pablo en **1 Timoteo 2:14**. Reitero que Adán, decidió ceder a los deseos de su esposa, quien ya había optado por comer del árbol prohibido, tal vez porque para él fue más importante complacerla a ella que obedecer a Dios, pero al final, ambos terminaron pecando.

Cuando Eva le ofreció el fruto prohibido, él tendría que haberle aclarado que no estaba de acuerdo con ella, que él no haría lo mismo. En todo caso, creo que su devoción a Dios no fue profunda, y que eso lo hizo vulnerable a las tentaciones. Pienso que alguien que adora a Dios de verdad, no puede tener divergencias con Él, y ese es el problema de muchos, que dicen creer en Dios, pero no saben adorarlo.

Ciertamente, afirmaré algo muy fuerte, y hasta no ser persuadido, por si alguna vez lo fuera, no dejaré de sostener este pensamiento: *“El génesis de las divergencias con Dios, se produce por la falta de adoración verdadera”*. Creo que cualquier ser humano que no adore a Dios, tendrá inevitablemente serias diferencias con Él, aunque en el entendimiento de hoy, esto podría ser muy relativo, porque la mayoría cree que adorar es cantar canciones, pero yo no estoy hablando de eso.

Me estoy refiriendo a la verdadera adoración, a esa que puede incluir canciones, pero que su fundamento no está ahí, sino en los sentimientos de un corazón enamorado, un corazón capaz de generar pensamientos y sentimientos profundos hacia Dios. Tan ascendentes, que simplemente pueden derretir en Su presencia, toda posible divergencia.

Nadie puede vivir en el Reino de Dios, si no adora profundamente al Rey de gloria. El mundo natural no es un reflejo de esto, porque conocemos la historia de algunos reyes, que fueron profundamente odiados por su gente, y, sin embargo, nadie pudo resistir sus gobiernos, porque fueron

tiranos que lograron obediencia, aun desde el abuso de poder, la violencia y la maldad.

En el Reino de Dios esto no es posible, todos podemos tener alguna crisis, por no comprender algunas decisiones de Dios. De hecho, podemos llegar a pecar en algo, pero lo haremos por debilidad, no por violentar Su propósito. A lo sumo, sostendremos algunas incertidumbres, pero nunca rebeldes posiciones.

Quienes adoramos a Dios con nuestras vidas, jamás nos oponemos a los diseños divinos, antes bien, nos taparemos la boca como Job, y guardaremos silencio. Podemos sufrir la frustración de algunas situaciones, pero no cuestionaremos a Dios, ni pecaremos ofendiéndolo frontalmente. Tampoco evaluaríamos la posibilidad de salirnos de Su gobierno, y ciertamente esto es lo que todos los hijos de Dios deberíamos hacer.

Lucifer creó un reino de maldad con sus acciones, porque en lugar de adorar a Dios como criatura creada que era, determinó adorarse a sí mismo. Es por eso, que su gobierno tiene fecha de caducidad, porque nadie que desprecie a Dios, podrá reinar eternamente. Es cierto que podrá existir, porque el lago de fuego, estará lleno de gente que despreció a Dios, pero nadie podrá sostenerse en ningún tipo de autoridad, porque el único Rey verdadero es Dios.

Adán produjo muerte con sus acciones, porque no supo adorar a Dios. En el relato de su creación, lo vemos formado

en perfección, pero no lo vemos adorando a Dios en nada. Tal vez, al igual que Lucifer, recibió tanto por gracia divina, que llegó a creer que era merecedor de algo, o que su perfección se generó desde su misma esencia. Recordemos que Lucifer, llegó a ser el sello de la perfección (**Ezequiel 28:12**), y aunque de Adán no se dice lo mismo, tal vez llegó a pensarlo de la misma manera. Lo cierto, es que ambos se envanecieron y se adoraron más a sí mismos que al Creador.

“Y vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Dios: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho”.

Génesis 6:5 al 7

La gran divergencia universal con Dios, obedece a una naturaleza, y no a simples acciones. El pecado que vemos desde la caída de Adán, es por causa de una transmisión genética, no por una mala educación de padres a hijos. Eva recibió, en su corazón, una semilla de la serpiente. Recordemos lo que enseñó Jesús en la parábola del sembrador (Mateo 13:18 al 23), y consideremos que toda semilla produce según su especie.

En Ezequiel 28:16, dice que por causa del orgullo, Satanás estaba lleno de iniquidad y por tal motivo

comenzó a pecar. Eso produjo divergencias irreconciliables, y en su independencia, Satanás trató de transmitir lo que había en su corazón, y por supuesto, lo hizo hablando. Jesús enseñó que de la abundancia del corazón habla la boca (Lucas 6:45), por tal motivo, Satanás utilizó a la serpiente como su canal de expresión.

Eva se dejó sembrar semillas de iniquidad, y de la misma manera, ella le sembró la idea a Adán. Ambos, la transmitieron a sus hijos a través de su naturaleza pecaminosa, luego de perder toda comunión espiritual con Dios (Isaías 59:2). Esto generó gente sin luz, gente sin vida espiritual, gente sin comprensión de la voluntad divina, rebeldes por naturaleza, ajenos de toda bendición divina.

Cuando el pecado encontró su lugar en el corazón humano, comenzaron a manifestarse las divergencias con Dios. Nadie puede resistir al pecado, porque contiene en sí mismo, una fuerza que no puede ser gobernada por el alma, ni por la carne. Solo la vida espiritual de Dios puede lograr la sujeción de la naturaleza de pecado. Cualquier persona, que trate de resistir al pecado con sus propias fuerzas, terminará conociendo su verdadero poder.

Recuerdo un video en el cual un hombre, observaba desde la orilla, la fuerte correntada de un río. En realidad no parecía tan peligrosa, pero ni bien ese hombre, puso sus pies en el agua, la corriente lo arrastró con furia, tal como si fuera una simple hoja ya seca, caída desde un árbol. No hubo posibilidades para él, porque el río era mucho más

fuerte y lo llevó a su antojo. Así es el pecado para las personas, en algún punto, todos llegamos a pensar que podemos manejarlo, pero no hay forma de domar esa salvaje naturaleza.

Es por eso, que Jesús dijo que un árbol malo, no puede dar frutos buenos (Mateo 7:17 y 18), no es que no quiera, es que no puede. El apóstol Pablo, también afirmó este principio diciendo: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7).

El pecado no es otra cosa que la manifestación de toda divergencia humana contra Dios. El pecado está en nuestra naturaleza, está todo el tiempo tratando de levantarse para llevarnos a la rebelión. Únicamente recibimos solución para ese mal, en la persona de Cristo. Su Espíritu Santo nos trae convicción de toda divergencia, Su sangre nos limpia de todo pecado, y luego nos guía por Su Espíritu a toda verdad y justicia. Cuando alguien no ha recibido esta gracia maravillosa, sufrirá inevitablemente grandes y constantes divergencias con Dios.

Eso es lo que vemos constantemente en las Escrituras, porque justamente esa fue la idea de Dios, mostrarnos la pecaminosidad humana; mostrarnos nuestra condición y la incapacidad que tenemos en nosotros mismos para poder resolver este mal. Incluso, todos aquellos personajes que admiramos por su fe, encontraron difíciles acuerdos para

caminar lo más rectamente posible, ante un Dios absolutamente Santo.

El diluvio universal acabó con millones de personas que estaban en plena rebelión contra Dios, pero ni bien comenzaron a multiplicarse nuevamente a través de la descendencia de Noé, la maldad volvió a quedar en evidencia. No importa cuán limpio haya quedado el planeta después del juicio por agua, el pecado había entrado en el arca, escondido en el corazón de esos pocos que se salvaron, y con el tiempo volvió a manifestarse.

La idea de Dios, de tomar a un hombre como Abram para formar una familia, y de esa familia formar una nación, estuvo fundada en el principio de santificación. Es decir, la palabra santificar significa, consagrar, dedicar, limpiar y separar. Ese fue el diseño con Abram, y con la nación de Israel, por eso el Señor les enseñó de altares y de expiación, porque necesitaba una nación santa, a través de la cual nacería el Mesías.

Una de las cosas que evidenció dicho diseño, fue la constante exhortación de Dios a su pueblo, respecto de no mezclarse con las demás naciones. Él procuró un pueblo capaz de aceptar Su voluntad, al menos desde la obediencia religiosa, que se mantuviera apartado de las divergencias paganas. Lamentablemente, esto costó muchas vidas, porque la rebelión humana nunca dejó de ser, aun en el impulso de un linaje bendito.

“Estas son las familias de los hijos de Noé, por sus descendencias, en sus naciones; y de estos se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio”.

Génesis 10:32

Este capítulo diez de Génesis, es comúnmente mencionado como la tabla de las naciones, ya que está compuesto por una lista de los fundadores patriarcales de setenta naciones que descendieron de Noé a través de sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet. Veintiséis de los setenta descendieron de Sem, treinta de Cam, y catorce de Jafet.

El texto parece dar a entender que de esta manera surgieron todas las naciones de esa época, aunque nunca lo declara explícitamente. De hecho, debemos asumir que todas las genealogías bíblicas están resumidas, ya que generalmente se incluyen personajes históricos importantes, mientras que se dejan por fuera a los hermanos menores, o aquellos que fueron menos importantes culturalmente hablando.

La Biblia no tiene por qué contener todos los detalles históricos, solo tiene la función de envasar, correctamente, aquellas cosas que son de trascendencia para la comprensión del Reino. Si bien en última instancia cada nación está relacionada con todas las naciones a través de Noé, este vínculo ancestral no prolonga de manera indefinida la importancia cultural entre todos sus descendientes. Por esa razón encontramos que, todas las naciones, a excepción de la compuesta por los hebreos, fueron naciones que bíblicamente

desconocemos, a no ser por un mismo detalle, y es que todas sostuvieron una cultura divergente a los principios del Reino de Dios.

“Ten mucho cuidado de no hacer ningún pacto con los habitantes de la tierra que vas a ocupar, pues de lo contrario serán para ti una trampa. Derriba sus altares, y haz pedazos sus piedras sagradas y sus imágenes de la diosa Aserá. No adores a otros dioses, porque el Señor es muy celoso. Su nombre es Dios celoso. No hagas ningún pacto con los habitantes de esta tierra, porque se prostituyen por ir tras sus dioses, y cuando les ofrezcan sacrificios a esos dioses, te invitarán a participar de ellos. Y si casas a tu hijo con una de sus mujeres, cuando ella se prostituya por ir tras sus dioses, inducirá a tu hijo a hacer lo mismo...”

Éxodo 34:12 al 16 NVI

Cuando la familia de Jacob llegó a Egipto por mano de José, fueron unas setenta personas (**Génesis 46:27**), pero en el tiempo de la salida, por mano de Moisés, ya eran unos seiscientos mil hombres, que incluyendo a las mujeres, a los niños y a los ancianos, hace suponer que el número sería de más de dos millones de personas, que divididos por sus doce tribus, formaron la nación de Israel.

El Señor dijo que serían Su nación, Su especial tesoro, un reino de sacerdotes y gente santa (**Éxodo 19:5 y 6**), por tal motivo determinó prepararlos por el camino del desierto, procurando que no se volvieran a Egipto, y que no se

mezclaran descuidadamente con las naciones que estaban ocupando la tierra prometida.

Dios eligió a Israel como la nación a través de la cual traería a Su Mesías anunciado, y deseaba tener una sana comunión con ellos (**Deuteronomio 18:15**). Dios prometió proveer, bendecir y proteger a los israelitas si le seguían. Sin embargo, el Antiguo Testamento nos ofrece detalles desgarradores de lo que ocurrió cuando se apartaron de Él (**Ezequiel 20:8 y 9**).

Ninguna otra nación en la tierra, jamás tendrá la posición que ha tenido Israel en el gran diseño de Dios. Podemos aprender de la historia de Israel, lo que generalmente se puede esperar cuando las naciones honran al Señor, y lo que generalmente se puede esperar cuando se rebelan contra Sus mandatos.

Cuando ellos honraban al Señor, destruían los lugares de adoración pagana y guardaban sus mandamientos, entonces el Señor intervenía activamente en su defensa cada vez que alguna nación procuraba atacarlos. Sin embargo, cuando ellos eran influenciados por la cultura extranjera, caían en las tristes consecuencias de la hostilidad externa, y Dios no intervenía para librarlos.

Esto fue una constante en el período de los jueces, y aun cuando el reino fue consolidado, no dejaron de sufrir las consecuencias de la influencia extranjera. Ya en **2 Reyes 24**, vemos el punto de quiebre de la bendición de Dios sobre

Israel. El pueblo desafió al Señor, manifestando claras divergencias con Él. Construyeron templos para los ídolos y se llenaron de fornicación, muerte y adulterio.

Profanaron el templo, ignorando la Ley durante generaciones, y Dios envió profetas para pedirles que se arrepintieran, pero no quisieron escuchar, y muchas veces mataron a esos mensajeros (**Lucas 11:27 y 28**). El Señor les había advertido repetidamente las consecuencias que sufrirían si no se volvían de corazón a Él, pero como se negaron a escuchar, les envió el juicio mediante invasores que los llevaron cautivos y destruyeron sus ciudades (**2 Reyes 24:12 al 14**).

La que fuera la gran nación de Dios, fue abatida y perdió las bendiciones prometidas. El principio general que aprendemos de esto, es que las divergencias con Dios, son pecado y el pecado siempre trae consecuencias negativas. En **Gálatas 6:7**, encontramos una clara advertencia de Dios para todos, de que Él no será burlado, y que indudablemente siempre cosecharemos lo que sembramos.

Muchas de las naciones mencionadas en la Biblia, ya ni siquiera existen. Fueron naciones que determinaron vivir en divergencias con el Reino de Dios, y sufrieron el juicio por sus rebeliones. Edom (**Jeremías 49:17 al 22**), Asiria (**Sofonías 2:13 al 15**), Sodoma (**Génesis 18:20**), y Babilonia (**Jeremías 51**), fueron algunas de las naciones exterminadas, de acuerdo con los profetas bíblicos, por la maldad de sus divergencias con Dios.

No quedan representantes de los hititas (**Éxodo 23:23**), de los moabitas (**Sofonías 2:8 al 10**), ni de los filisteos (**Sofonías 2:5**), porque la obstinada rebelión que manifestaron contra Dios, les terminó dando de pleno. Cualquiera puede pretender divergencias con Dios, pero nunca serán gratis, porque el costo de vivir en oposición a la verdad de Dios, siempre traerá consecuencias.

Cuando Israel determinó caminar en obediencia, recibió la bendición de Dios. Cuando honraron Su santidad, les proporcionó todo lo necesario para vivir en abundancia, y protegió sus vidas de los ataques enemigos (**Éxodo 23:25 y 26**). Dios se preocupó de que vivieran en paz y de que estuvieran felices (**Proverbios 19:23**). Sin embargo, cuando Israel siguió a reyes malvados en la idolatría y la prostitución, aunque los amaba, Dios permitió hambrunas, pestilencias y ataques enemigos.

***“Al pecador lo persigue el mal,
Y al justo lo recompensa el bien”.***
Proverbios 13:21 NVI

Una nación que honra las leyes de Dios, siempre cosechará sus beneficios, pero la historia demuestra, claramente, que los que no lo hacen por lo general se destruyen a sí mismos. Todos podemos tener divergencias políticas o culturales con otras personas, pero no podemos tener divergencias con Dios, porque al final solo terminaremos comprobando que estamos equivocados, y sufriremos las consecuencias de tal orgullo.

Dios nos habla Su verdad para nuestro propio bien. Nos creó para que pudiéramos vivir en comunión con Él, pero perdemos todo cuando entramos en divergencias. El problema para Adán, no fue pensar diferente a Dios, sino terminar destituido del gobierno del Edén, trabajando mucho, produciendo poco, y con una familia atravesada por el dolor y la tragedia. Estas consecuencias fueron una constante con todos los que les precedieron, evidenciando las mismas actitudes.

Cuando caminamos en acuerdo con la verdad divina, y determinamos vivir dentro de los límites saludables de Su verdad, estaremos protegidos de toda hostilidad innecesaria. Sin embargo, cuando nos alejamos de Dios, y determinamos vivir en divergencia con el Reino, aun procurando ser nuestros propios dioses, el Señor quitará Su mano de protección y permitirá que padezcamos el amargo sabor de nuestro orgullo.

Satanás es un ejemplo, Adán es un ejemplo, la sociedad antediluviana es un ejemplo, las naciones paganas son un ejemplo, y muchos individuos que determinaron el camino del mal, son un claro ejemplo de esto. Todo ser creado que pretenda vivir en divergencias con Dios, pagará las consecuencias de su error. Esto no se produce porque Dios no acepta que otros piensen diferente a Él, sino porque Él es la verdad y la vida, y fuera de Él, solo hay mentiras y muerte.

Quienes estén en desacuerdo con la verdad, solo vivirán una mentira, y así como la verdad produce libertad, debemos saber que la mentira produce esclavitud y muerte. Al final, las divergencias con Dios, serán expuestas y juzgadas por la verdad, pero mientras tanto, continuarán haciendo temblar los cimientos de una sociedad que vive en ignorancia, carente de entendimiento, en tinieblas, y sufriendo su propio mal.

***“No saben, no entienden, andan en tinieblas;
Tiemblan todos los cimientos de la tierra”.***

Salmo 82:5

Capítulo dos

Divergentes Por Dios

“¿Qué más les puedo decir? No me alcanzaría el tiempo para hablarles de la confianza en Dios de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas. Ellos confiaron en Dios, y por eso conquistaron países; y como actuaron con justicia, recibieron lo que Dios les había prometido. Cerraron la boca de leones y apagaron grandes incendios. Escaparon que los mataran con espada, recibieron fuerzas cuando más débiles estaban, y en la guerra fueron tan poderosos que vencieron a los ejércitos enemigos. Algunas mujeres confiaron en Dios, y por eso Dios hizo que sus familiares muertos volvieran a vivir. Algunos confiaron tanto en Dios que no quisieron que los dejaran en libertad. Al contrario, dejaron que los mataran, porque sabían que volverían a vivir y así estarían mucho mejor. Mucha gente se burló de ellos y los maltrató, y hasta los metió en la cárcel. A otros los mataron a pedradas, los partieron en dos con una sierra, o los mataron con espada. Algunos anduvieron de un lugar a otro con ropas hechas de piel de

oveja o de cabra. Eran pobres, estaban tristes, y habían sido maltratados. La gente de este mundo no merecía personas tan buenas, que anduvieron sin rumbo fijo por el desierto, por las montañas, por las cuevas y las cavernas de la tierra. Dios estaba contento con todas estas personas, pues confiaron en él. Pero ninguna de ellas recibió lo que Dios había prometido. Y es que Dios tenía un plan mucho mejor, para que nosotros también recibiéramos lo prometido. Dios sólo hará perfectas a esas personas cuando nos haya hecho perfectos a nosotros.

Hebreos 11:32 al 40 BLS

Tal vez, estos hombres, de los cuales, el autor a los hebreos, dice que no tuvo tiempo de escribir, nos brinden a nosotros, una plataforma de comprensión, respecto de los motivos por los cuales, sí son mencionados en este capítulo sobre los héroes de la fe. No hay detalles de sus obras aquí, pero ciertamente en la Biblia sí los tenemos.

Gedeón fue el quinto juez levantado por Dios para impartir justicia a la nación de Israel. Históricamente reconocido como el más trascendental de los jueces. El relato de su vida se registra en **Jueces 6:11 a 8:32**. El trasfondo de la biografía de Gedeón, comienza con la aflicción de los israelitas, asolados por los madianitas y extranjeros orientales que, durante más de siete años, les robaban las cosechas, les llevaban los animales, y aún les quitaban a los hijos para esclavitud.

Tal como vimos en el capítulo anterior, estas situaciones se producían como consecuencia de la desobediencia del pueblo para con Dios. Ciertamente, Él les enviaba profetas para que les recordaran de cómo había obrado en el pasado a favor de ellos, y lo injusto que ellos eran al abandonarlo, adorando a los falsos dioses paganos (**Jueces 6:8 al 10**). También les advertía del mal que les sobrevendría si persistían en ello.

Al tiempo, el ángel del Señor se hizo presente ante Gedeón para comisionarlo como el nuevo juez de la nación (**Jueces 6:11 al 14**). Por su parte, Gedeón, que pertenecía a una familia poco distinguida de los abiezeritas, se veía a sí mismo, como alguien no apto para el servicio que Señor le estaba demandando (**Jueces 6:15**). Sin embargo, pidió señales y levantó un altar, reconociendo que estaba ante Dios mismo, y dispuso su vida obediencia a Él.

Esa misma noche, Gedeón cambió su actitud de manera radical. Nadie puede quedar igual, después de una aparición divina, por eso Gedeón, pasó de ser un hombre temeroso, a ser un varón esforzado y valiente. Lo primero que hizo, fue destruir el altar a Baal y el poste de Asera que pertenecía a su padre (**Jueces 6:25 al 28**). Por esta desafiante acción, Gedeón recibió el nombre de Jerobaal, que significa “que Baal contienda contra él”, lo cual lo convirtió en alguien divergente respecto del resto de su familia, y de una gran parte de la sociedad, inclinada a la idolatría.

Gedeón no fue un hombre de influencia, hasta que Dios lo llamó, y lo ungió para esa misión bélica. Sin embargo, bajo la unción del Espíritu, tocó el cuerno, y se reunieron con él, unos treinta y dos mil hombres de las tribus de Manasés, de Aser, de Zabulón y de Neftalí.

Gedeón hizo las cosas con temor reverente, por lo cual pidió señales, hasta estar absolutamente convencido de que Dios lo estaba enviando a la batalla. No obstante eso, Dios trató con su fe, porque primero le restó unos diez mil soldados y luego, lo hizo quedar apenas con unos trescientos hombres (**Jueces 7: 2 al 8**).

Esta fue toda una prueba, porque los madianitas eran una verdadera multitud. De hecho, la Biblia los describe como langostas en multitud, o como un ejército tan innumerable como la arena que está a la orilla del mar (**Jueces 7:12**). El propósito de Dios, fue que nadie pudiera jactarse del triunfo que obtendrían, y que quedara bien en claro, que era Él, quien les estaba conduciendo a la victoria.

Utilizando algunas tácticas inusuales, Gedeón y sus trescientos hombres, atacaron al ejército madianita y derrotaron a las tropas enemigas (**Jueces 7:16 al 25**). Desde entonces Gedeón cobró renombre entre los israelitas, de hecho, pretendieron hacerlo rey, pero él dijo: *“No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará: El Señor señoreará sobre vosotros”* (**Jueces 8:23**).

Sin dudas Gedeón, fue un hombre divergente, su transformación, de ser alguien temeroso, que se encontraba escondiendo el trigo en el lagar, para no ser saqueado por los madianitas, a ser un juez, guerrero, valiente y seguro, fue extraordinaria, y eso lo posicionó como un hombre de gran renombre en la sociedad de su tiempo.

Las divergencias con su familia y con el resto de los israelitas, fueron provocadas por su gran determinación, para obedecer la voluntad de Dios. En Gedeón, podemos ver que un hombre común, tocado por Dios, puede convertirse en alguien diferente a todo su entorno. De hecho, la paz que consiguió, duró por toda una generación:

***“Y reposó la tierra cuarenta años,
En los días de Gedeón”***

Jueces 8:28

El autor a los hebreos, también mencionó a Barac, quien fue un líder militar de la tribu de Neftalí, otro de los jueces establecidos por Dios, para librar al pueblo de la opresión extranjera que ya llevaba más de veinte años sobre Israel. Fue entonces, cuando realmente clamaron al Señor. En ese momento la profetisa Débora estaba juzgando la causa de los israelitas en Efraín. Y fue ella quien mandó llamar a Barac, hijo de Abinoam, y le dijo que Dios lo había elegido para derrotar al ejército de Sísara.

Jabín, rey cananeo que reinaba en Hazor, era el responsable de la opresión a los israelitas. Según el relato bíblico, Jabín tenía un poderoso ejército para los estándares de la época, con novecientos carros de hierro (**Jueces 4:3**). Este ejército debió ser un tipo de fuerza militar de la confederación cananea, y Sísara era el general responsable de comandar todo este ejército (**Jueces 4:13**).

Según la orden del Señor, Barac debía reunir un ejército de entre los hombres de las tribus de Neftalí y Zabulón y llevarlo al monte Tabor (**Jueces 4:6**). Desde allí, partirían hacia el río Cisón, que estaba al pie del monte Tabor. A pesar de ese poderío militar que tenía el ejército comandado por Sísara, Barac no fue consumido por el temor, ya que entendió, que Dios mismo entregaría a Sísara y a su ejército enemigo en sus manos.

Cuando digo que no fue consumido por el temor, estoy certificando que ciertamente lo tuvo, aunque eso no impidió que hiciera lo que debía. De hecho, Barac aceptó cumplir su misión, pero con la condición de que Débora lo acompañara. Literalmente le dijo: *“Solo iré si tú me acompañas; de lo contrario, no iré”* (**Jueces 4:8**).

Quizá pretendió comprobar la veracidad de las palabras de la profetisa. Lo cual desagradó a Débora, al grado de confirmarle que lo acompañaría en la batalla, pero que el honor de abatir a Sísara no sería suyo, sino que Dios entregaría la vida del comandante en jefe del ejército

enemigo en manos de una mujer, por el solo hecho, de no haber creído a su palabra (**Jueces 4:9**).

El ejército de Sísara fue masacrado por una clara intervención divina. Así, ante el ataque israelí, los cananeos trataron de huir aterrorizados, pero todos fueron muertos a filo de espada. Por su parte, Sísara, el comandante del ejército, también intentó huir, tratando de escapar a pie. De hecho, el propio Barac persiguió a los enemigos que huían, pero entre todos ellos, Sísara fue al único que no pudo capturar.

El general cananeo se refugió en la tienda de una mujer llamada Jael, esposa de Heber. Y como se encontraba muy cansado, Sísara cayó en un profundo sueño. Fue entonces cuando Jael tomó una estaca y un martillo, y se la clavó en la cabeza (**Jueces 4:21**). Esa actitud fue extremadamente inusual, debido a que morir por a manos de una mujer se consideraba vergonzoso en aquellos días. Pero así se cumplió la palabra que el Señor le había dicho a Barac.

Entonces, la pregunta sería: ¿Por qué el nombre de Barac es mencionado por el autor a los hebreos, entre los héroes de la fe? Bueno, porque su actitud y su campaña, demuestran, claramente, que los grandes hombres de Dios del pasado, tuvieron fe, pero no eran perfectos. Las dudas de Gedeón solicitando varias confirmaciones a Dios, o el temor de Barac para cumplir su misión, no impidieron que fueran hombres divergentes, porque, al final, asumieron difíciles retos de parte del Señor.

Tal vez su temor le provocó una pérdida, pero Barac no se detuvo, sino que pudo superar su crisis, y fue incluido entre los grandes personajes del pasado. La historia de Barac nos sirve de estímulo a todos, no deberíamos desestimarla. Su vida no es muy citada por los predicadores de hoy, pero, así como lo recordó el escritor de la carta a los hebreos, también debe ser considerado por todos, como un hombre divergente, un hombre de fe.

Hoy en día, el Señor no está buscando a hombres y mujeres implacables, que no teman, ni duden, ni fallen en nada. Dios busca hijos que le crean, que a pesar de todo temor, duda o debilidad, sean capaces de avanzar con la humildad suficiente como para ser corregidos. Dios nunca se ofende cuando le consultamos pidiendo una confirmación de algo, lo que sí le ofende, es que actuemos livianamente, incluso otorgándole a Él, lo que nunca determinó.

El autor a los hebreos, mencionó a Barac en medio de Gedeón y de Sansón. Todos observamos claramente las hazañas de estos dos grandes jueces, y de Barac no tenemos mucho registro, pero no nos debemos confundir. La divergencia espiritual que estoy planteando, no es la de los superhéroes, sino la de todos los que se atreven a caminar en fe, creyendo más a Dios, que a toda realidad presente.

Sin dudas Sansón fue extraordinario y a pesar de sus errores, se han realizado varias películas en su memoria. Todos lo mencionan y siempre ha sido muy admirado por su fuerza física, y la unción en sus cabellos. Es lógico que

alguien como él, sea visto por los hombres como un divergente, pero me parece genial, que a los ojos de Dios, no siempre sean necesarias las cualidades especiales, sino también el corazón obediente, la fe y la humildad.

El autor a los hebreos, también consideró nombrar como un héroe de la fe a Jefté, el octavo de los Jueces israelitas, de quienes se habla en los capítulos **10 al 12** del libro de los **Jueces**. Fue un hombre con un duro pasado, ya que se menciona como hijo ilegítimo, nacido de una mujer prostituta, quien, apenas llegado a la mayoría de edad, fue expulsado de la casa familiar, nada menos que por sus propios hermanos, quienes eran los hijos legítimos de su padre.

Viviendo al margen de la ley y de la vida civil, Jefté asumió con resignación su amarga realidad, pero al final, por causa de su condición, terminó transformando su rebeldía en una verdadera aventura, ya que se convirtió en jefe de una partida de bandoleros beduinos, con quienes cometió una serie de asaltos y proezas que lo hicieron tristemente popular.

El ímpetu de su carácter debió de correr parejo con una indudable sagacidad, y con ciertos rasgos de generosidad, ya que, al momento en que los israelitas fueron amenazados por los amonitas, sus vecinos del este, tuvieron la idea de ofrecerle la jefatura de su pueblo. Es verdad que Jefté se aseguró que le dieran ese cargo, pero al final, se dispuso a ayudarlos confrontando a los amonitas.

Ante la perspectiva de una nueva aventura y bajo la tentadora proposición de convertirse en un jefe de prestigio, dejó de lado las antiguas ofensas de sus hermanos, y aceptó la invitación de los ancianos de Israel. Después de intentar en vano una avenencia amistosa con los amonitas, decidió pasar a la acción. Lamentablemente, la incertidumbre del éxito y el temor de un inminente juicio de Dios, terminó haciendo una declaración tan extraña como innecesaria.

Su religiosidad, tan ruda como su propia vida, lo hizo declarar un tremendo compromiso: ***“Si entregares a los amonitas en mis manos, cualquiera que saliere de las puertas de mi casa a recibirme, cuando regrese victorioso de los amonitas, será de Jehová, y lo ofreceré en holocausto”*** (Jueces 11:31).

Tal vez el recuerdo de los sacrificios humanos celebrados por los cananeos, lo llevó a decir cosa semejante. Lo cierto, es que la gravedad de su voto, pronto lo expondría al cumplimiento de tal compromiso. Una vez obtenida la victoria, Jefté regresó a su casa, y ocurrió que la primera persona que se le acercó, entre un coro de vírgenes que cantaban sus alabanzas, fue su única hija.

Al hallarse ante la inesperada víctima de su voto, Jefté fue preso de una violenta emoción, expresada en frases de profundísimo pesar. Su hija aceptó, con admirable humildad, la condena de ese tremendo voto, solo le pidió a su padre, que le permitiera, por un par de meses, recorrer los montes con sus amigas para llorar su virginidad.

Algunos enseñan esta situación, como algo literal, pero otros consideran que la traducción no es exacta, y que en realidad lo que dijo Jefté, fue que si alguna persona salía a recibirlo, la obligaría a dedicarse al Señor en servicio perpetuo, y que si era un animal, lo ofrecería en holocausto.

Quienes interpretan el texto de esta manera, consideran que Jefté no haría un voto a Dios, ofreciendo un sacrificio humano, ya que dicha práctica era pagana y había sido prohibida por la Ley de Moisés, donde fue establecida claramente la ordenanza que dice: ***“Y no des hijo tuyo para ofrecerlo por fuego a Moloc; no contamines así el nombre de tu Dios. Yo Jehová”*** (Levítico 18:21), y también dice: ***“Cualquier varón de los hijos de Israel, o de los extranjeros que moran en Israel, que ofreciere alguno de sus hijos a Moloc, de seguro morirá; el pueblo de la tierra lo apedreará”***. (Levítico 20:2).

Estas prohibiciones de parte del Señor, hacen pensar a los eruditos bíblicos, que Jefté, no figuraría en el libro de hebreos como un hombre de fe, si hubiera transgredido la Ley de Moisés de manera tan desafiante. Sea como fuera, vemos una vez más, a un hombre común, con un complejo pasado, y con una personalidad seguramente condicionada por las heridas sufridas a través de sus hermanos. Un hombre qué, a pesar de todo, determinó con la ayuda de Dios, convertirse en alguien divergente.

Hoy en día debemos aprender, que haber experimentado un duro pasado, posiblemente cargado de

injusticias, no debe ser un limitante, cuando hemos recibido la gracia salvadora de Cristo. Al final, las tinieblas son así, todos en menor o mayor medida, hemos sufrido, o hemos generado ciertas injusticias, pero con Cristo, nos llega un nuevo tiempo para vivir en la fe del Reino y debemos aprovecharlo.

El Señor nos llama, y nos pone en autoridad. Nos llena de Su Espíritu, y nos reviste de Cristo. Debemos dejar atrás las heridas del pasado, debemos perdonar a quienes nos lastimaron, y si algo hicimos mal, debemos creer que el Señor no solo nos perdona, sino que nos justifica, de manera que podamos sabernos justos, dignos y divergentes.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

2 Corintios 5:17

Curiosamente, el autor a los hebreos, también nombra a David y a Samuel, como si fueran personajes dignos de ser incluidos en este capítulo de la fe, pero a la vez, los menciona entre aquellos de los cuales, no tiene tiempo de hablar en detalles. Sin embargo, todos sabemos que las vivencias de estos dos personajes son muy ricas y ciertamente son ejemplares. No caben dudas de que estos dos, fueron hombres divergentes, y no creo necesario estacionarme en sus conocidas vivencias para probarlo.

Sin embargo, sí deseo citar a las personas que el autor a los hebreos describe al final del capítulo. Según la versión lenguaje sencillo, dice que hubo algunos que confiaron tanto en Dios, que no quisieron que los dejaran en libertad, sino que prefirieron morir por el evangelio. Se entregaron confiadamente a la muerte, sabiendo que volverían a vivir conforme a las promesas de Dios.

Dice que mucha gente se burló de ellos, y que los maltrataron, encerrándolos en la cárcel, como le ocurrió al profeta Jeremías. Algunos fueron apedreados, tal como le ocurrió a Esteban, otros fueron partidos en dos con una sierra, tal como lo sufrido por el profeta Isaías, otros murieron a filo de un arma, tal como el apóstol Pablo. Incluso dice que algunos anduvieron de un lugar a otro con ropas hechas de piel de oveja o de cabra, evidenciando pobreza y dolor.

La Palabra dice que la gente de este mundo, no merecía personas tan buenas, ya que ofrendaron su vida a la causa del evangelio. Incluso algunos se resignaron a vivir sin rumbo fijo, permaneciendo ocultos en lugares desérticos, en las montañas, en las cuevas, o en las cavernas de la tierra. El relato dice claramente que Dios estaba contento con todas estas personas, pues todos ellos confiaron en Él. Pero ninguna de estas personas recibió el cumplimiento de sus promesas.

Dios tenía un plan mucho mejor que simplemente otorgarles la recompensa solamente a ellos. Su plan nos incluía a nosotros también. Seguramente nosotros no hemos

padecido los sufrimientos que ellos padecieron, pero no cabe ninguna duda de que nos inspiran en la fe. Ellos fueron divergentes, y nos enseñan que nosotros también podemos serlo.

Es verdad que Dios solamente hará perfectas a esas personas cuando nos haya hecho perfectos a nosotros, y que ese día llegará más rápido de lo que pensamos, pero debemos tener en claro, que hasta que ese día llegue, nada debe impedirnos que seamos personas divergentes, ni aun nuestras debilidades presentes. Este mundo está absolutamente infectado por una cultura egoísta y perversa, pero nosotros podemos romper eso por la fe.

Obviamente, no seremos comprendidos por muchos, incluso puede que tampoco nos entiendan en nuestro círculo más cercano, pero debemos creer que valdrá la pena, porque la divergencia con el mundo, siempre será una mayor comunión con Dios, y eso a la larga siempre nos producirá recompensas.

En la carta que lleva su nombre Santiago escribió: ***“¡Oh gente adúltera! ¿No saben que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Si alguien quiere ser amigo del mundo, se vuelve enemigo de Dios”*** (Santiago 4:4), este concepto apostólico, deja muy en claro, que la amistad con Dios, es enemistad y divergencia con el sistema actual.

No se puede vivir en plena comunión con Dios, y al mismo tiempo, tener comunión con el reino de las tinieblas.

Esto no implica que no podamos ser gente normal, o que no podamos vivir felices en el mundo. Dios no nos ha propuesto vivir sobre una nube, ni escondidos en un monasterio. De hecho, Jesús mismo le pidió al Padre, que no nos quite del mundo, sino que nos guarde del mal (**Juan 17:15**).

Lo que debemos saber es que: *“**Todo está permitido, pero no todo es provechoso. Todo está permitido, pero no todo es constructivo**”* (**1 Corintios 10:23 NVI**). Esto implica la necesidad de una vida en plena comunión espiritual con el Señor. Es el Espíritu Santo, quien nos debe mostrar claramente el camino del bien. Es Él, quien nos imparte convicción de lo malo, y nos conduce a lo verdaderamente constructivo.

No es el conocimiento de algunos versículos lo que debe regular nuestras acciones, es la vida del Señor que opera en nosotros, incluso vivificando la Palabra para que obremos a través de la revelación, no de la imposición religiosa. Cuando hacemos esto, nos volvemos inevitablemente divergentes con quienes no viven en luz (**2 Corintios 6:14**).

La idea de la divergencia, no está relacionada con ser diferentes por religiosos o legalistas, sino por ser ungidos, guiados por la Palabra de verdad, a través de la operación del Espíritu Santo. Por supuesto, Jesús es nuestro mejor ejemplo, ya que, en los días de su carne, Él se condujo como una persona normal, pero al mismo tiempo absolutamente divergente. Esto es extraordinario, porque Él podía juntarse

con todos, ser llamado amigo de pecadores y, aun así, ser absolutamente Santo.

Ya observaremos Su ejemplo con mayor detenimiento, pero ahora, es necesario que asumamos la divergencia desde la sana espiritualidad. La idea de este capítulo es demostrarnos que hubo personas que, de manera individual, determinaron asumir el desafío de la divergencia.

Hoy en día, la vida del Reino, nos desafía individualmente, y sin perder la revelación del cuerpo, debemos determinar, si vamos a vivir como personas comunes, o si a través de una profunda y verdadera comunión con Dios, vamos a sumergirnos en el desafío de ser gente ungida, espiritualmente sabida y por consecuencia, divergentes, ante un mundo que opera desde las influencias de la oscuridad.

“Sean intachables y puros, hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella ustedes brillan como estrellas en el firmamento, manteniendo en alto la palabra de vida...”

Filipenses 2:15 y 16 NVI

Capítulo tres

Familias Divergentes

“Dichosos todos los que temen al Señor, los que van por sus caminos. Lo que ganes con tus manos, eso comerás; gozarás de dicha y prosperidad. En el seno de tu hogar, tu esposa será como vid llena de uvas; alrededor de tu mesa, tus hijos serán como vástagos de olivo. Tales son las bendiciones de los que temen al Señor”.

Salmo 128:1 al 4

Cada vez que tengo que dar alguna enseñanza sobre el matrimonio o la familia, me veo en la obligación de aclarar que la herramienta que debo utilizar es la Biblia, y que, en sus registros, no tenemos ejemplos de buenas familias, que ciertamente hayan vivido en la plenitud de Dios.

Es verdad que tenemos grandes historias individuales, y tenemos algunas participaciones familiares, pero no vemos situaciones en las que alguna familia se encuentre disfrutando de la bendición integral, con paz, en abundancia y en bienestar general entre sus integrantes. En todos los casos,

encontramos desencuentros, desintegración, conflictos y grandes adversidades.

Lo que ocurre, es que la Biblia, más que presentarnos un modelo de familia, nos presenta un lineamiento a través del cual, podemos comprender el propósito divino en Cristo. En medio de todo eso, encontramos una gran diversidad de familias, respondiendo en sus estructuras, a las relaciones del momento, a la cultura imperante, y al momento histórico en que vivieron. En estas familias existen diferentes movimientos de fe, así como diferentes realidades culturales, naturales y espirituales.

No pretendo en este capítulo, enumerar divergencias entre las familias y Dios, sino que deseo señalar las divergencias que se produjeron entre las familias que sirvieron a Dios, aun con todas sus deficiencias, y las que no lo sirvieron, o aquellas que directamente ni lo conocieron.

Tampoco pretendo observar el bienestar familiar como resultado de la devoción, sino el costo que se atrevieron a pagar algunos de sus integrantes. Esto nos ayudará a comprender que vale la pena servir a Dios con nuestra familia, pero que hay ciertos costos que debemos asumir. Cuando hoy se señala el cristianismo, como el generador de bienestar natural y plenitud familiar, no se está enseñando la verdad con el enfoque correcto.

La verdadera vida de Reino, siempre estará marcada por el enemigo, como un blanco de toda hostilidad espiritual.

Nadie dijo que la fe es fácil, excepto aquellos que pretenden convencer a la gente de algo que la Biblia no ofrece de manera natural. La verdad es que la plenitud presente, y las promesas de la gloria eterna, pueden estar hoy, minadas por grandes adversidades espirituales.

Jesús dijo: ***“No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa”*** (Mateo 10:34 al 36). Él no dijo que aquellos que creen y comienzan a congregarse, recibirán restauración y bienestar familiar de manera inmediata. Al contrario, puede que al principio todo se ponga peor.

La expansión del Reino en la familia y en la sociedad, se produce a través de procesos que pueden ser muy difíciles y dolorosos. Lo que debemos asumir es que, en todo caso, vale la pena de manera absoluta. El gran costo lo pagó Jesucristo, nosotros solo debemos enfrentar algunas batallas hasta que venga lo perfecto, y eso no solo vale la pena, sino que es un gran privilegio.

Muchas veces he tratado de imaginar la vida de Noé, porque fue un hombre muy especial, y más de una vez me he preguntado sobre cómo habrá hecho para gestionar la construcción de semejante arca. Solo sabemos que lo hizo creyendo que llovería, cuando nunca había caído agua del cielo, ni se habían roto los abismos como para inundar toda

la tierra, Sin embargo, Noé no necesitó ver un video, ni conocer alguna experiencia pasada para creer, solo le escuchó a Dios y a partir de entonces se comportó como un hombre divergente para con todos.

Tampoco tenemos registros bíblicos sobre los detalles de cómo realizó el trabajo, ni las herramientas con las que contó, o sobre cuánta gente le ayudó en ese proceso. Según estudios históricos y demográficos, se calcula que la población antediluviana, pudo haber sido, de varias decenas de millones o tal vez, como algunos creen, fue de cientos de millones de personas. No estamos hablando de algunas familias, sino de millones de personas. Recordemos que solo se salvó la familia de Noé, por lo tanto, todas esas personas estaban en franca divergencia con Dios.

Lo que sí sabemos, por causa de los escritos inspirados de Pedro, que Noé fue un pregonero de justicia (**2 Pedro 2:5**), es decir, que predicó proféticamente, durante más de cien años, sobre la destrucción que azotaría al mundo. Sin embargo, lo curioso, es que nadie le creyó. Y supongo, que en un mundo con tanta maldad como había (**Génesis 6:5**), debe haber sufrido de mucha hostilidad por parte de toda la sociedad.

A la hora del diluvio, nadie había creído; por lo tanto, es lógico pensar que, durante años, muchas personas se han burlado del mensaje de Noé, a la vez que grandes multitudes irían a ver el avance de la construcción del arca. Tampoco tenemos detalles de cómo le transmitió a su familia, la orden

que había recibido de parte de Dios, ni cómo los convenció de que debían ayudarlo.

Simplemente, supongo que un día, llegó a su casa con la novedad de que Dios le había hablado. No puedo imaginar eso con detalles, pero lo cierto es que Noé, no fue el único comprometido con esa misión, sino que toda su familia trabajó en el arca y se subió en ella el día del mortal diluvio.

Supongo que los hijos de Noé, deben haber sufrido los irónicos comentarios de sus amigos. Supongo que más de una vez, se habrán sentido avergonzados por la tarea que estaban haciendo a la vista de todo el mundo. ¿Acaso se podrían imaginar los jóvenes cristianos de hoy, lo que han tenido que afrontar esos muchachos?

Pensemos que la edificación del arca demoró muchos años, por lo tanto, esos jóvenes tuvieron que crecer involucrados con la tarea. ¿Acaso podemos imaginar nosotros, lo que habrá sido para ellos, trabajar en el arca públicamente, tan solo porque su padre les dijo que había hablado con Dios? ¿Podemos imaginar el bullying de los demás jóvenes? Sin dudas, eso les ha significado, el alto costo de perseverar en divergencia total con todos.

Como nadie creyó, supongo que han mirado a la familia como si fueran una familia de gente rara, con ideas absurdas y con planes fantasiosos. Supongo que, a la esposa de Noé, sus amigas le preguntarían, si en verdad ella creía

que pasaría semejante catástrofe como la que anunciaba su marido.

Por el grado de maldad que la Biblia relata, la gente no temía a Dios, ni respetaba sus deseos; sin embargo, Noé levantó varios altares a Dios. Lo escuchó un día, y trabajó más de cien años en obediencia, para edificar lo que Dios le dijo. Nadie puede hacer eso sin adorarlo. Hoy algunos cantan canciones, o participan de reuniones, pero nadie los puede hacer trabajar un día para servir al Rey.

En ocasiones muchos hermanos dicen creer, y dicen ¡Amén!, cuando hablamos de compromiso, pero al poco tiempo, los vemos ajenos a la vida de fe, porque no quieren ni congregarse. La perseverancia y la visión, son dos cosas que hoy en día son muy difíciles de sostener. Esto no debería ser así, pero la vorágine de los días y los cambios permanentes, hacen que la gente tenga como lógicos los continuos cambios de planes.

Otra familia muy especial que deseo citar en este capítulo, es la de los recabitas, llamados así, por ser descendientes de Recab, nombre que significa “el que monta en el carro” o “jinete del carro”. Este Recab a su vez, fue descendiente de Jetro el suegro de Moisés, y se unieron al pueblo de Israel desde los días del peregrinar en el desierto.

Para que podamos comprender el origen de ellos, debo decir que eran descendientes de Abraham, pero no eran propiamente descendientes de Isaac, sino fruto de la unión de

Abraham con Cetura. Uno de los hijos de Abraham y Cetura se llamó Madián, y de Madián vino Jetro, y Jetro fue ceneo, quienes se unieron al pueblo de Israel y determinaron ser verdaderos adoradores de Dios.

Jonadab fue el primer hijo de Recab, quien nos puede enseñar claramente sobre la dignidad que tuvieron los recabitas. Recordemos el significado del nombre Recab, porque ciertamente Jonadab montó en el carro de un hombre que produjo una gran limpieza, y una verdadera reforma sobre la nación de Israel. Este personaje fue nada menos que Jehú, quien tuvo un doble cometido: ejecutar un juicio en la casa del malvado rey Acab, esposo de Jezabel, y, por otra parte, limpiar Samaria del culto a Baal.

Cuando Jehú estaba a punto de ejecutar esa tarea, dice en **2 Reyes 10:15 y 16**, que *“se encontró con Jonadab hijo de Recab, que había ido a verlo. Jehú lo saludó y le preguntó: ¿Me eres leal, como yo lo soy contigo? Lo soy, respondió Jonadab. Jehú replicó: Si es así, dame la mano. Jonadab le dio la mano, y Jehú, haciéndolo subir con él a su carro, le dijo: Ven conmigo, para que veas el celo que tengo por el Señor. Y lo llevó en su carro”*.

¡Qué mensaje profético que Jonadab fuera el hijo del que monta en el carro! Y fue él, quien le dio la mano a Jehú y subió al carro de lo que Dios quería hacer. ¿Por qué? Porque tenía un corazón recto, como hemos leído. Y tenía celo por el Señor. Así es como pudo unirse a Jehú en aquella campaña de purificación.

Entonces, unos versículos después, vemos cómo los dos limpiaron la ciudad de Samaria del culto a Baal. Juntos entraron en el templo y se aseguraron de que solo quedaran los servidores de Baal, y cuando estaban adorando, dieron la orden para que los mataran a todos (**2 Reyes 10:25**).

Luego los guardias y los oficiales entraron en el santuario del templo de Baal, y sacaron la piedra sagrada que estaba allí, y la destruyeron, además derribaron el templo de Baal y lo convirtieron en un muladar, y la Palabra de Dios dice que así quedo para testimonio histórico.

El celo de los recabitas es todo un ejemplo para quienes estamos entrando en tiempos tan cruciales como los que se vienen. Ya estamos experimentando cambios sociales muy fuertes. La globalización, el crecimiento exponencial de la ciencia y la decadencia de la moral, están floreciendo como perversas bases sobre las que se pretenderá edificar el gobierno del anticristo.

Para que podamos subir al carro del propósito de Dios, de lo que Dios quiere hacer en los últimos tiempos, tendremos que ser radicales, y eso no es lo que estamos viendo en los cristianos de hoy. El desmedido enfoque sobre los intereses personales, está generando una tibia gestión de las verdades del Reino.

Pero lo que hizo Jonadab, no fue lo único que encontramos como ejemplo de los recabitas. Algo dramático aconteció en Samaria y en Israel, ya que Jehú, quien

supuestamente ejecutó la limpieza espiritual, terminó siendo tan malo como Jeroboam, el rey que había traído la perversión a Israel.

“Más Jehú no cuidó de andar en la ley de Jehová Dios de Israel con todo su corazón, ni se apartó de los pecados de Jeroboam, el que había hecho pecar a Israel”.

2 Reyes 10:31

Jonadab, seguramente contempló con gran tristeza la forma en la que Jehú, en algún momento de su reinado, dejó de ser fiel al Señor, y comenzó a cometer los mismos pecados de idolatría que los reyes anteriores. Por esa causa, el Señor permitió que un rey cananeo, llamado Hazael, fuera conquistando poco a poco el territorio de Israel.

La nación entró en una verdadera decadencia espiritual, pues de ahí en adelante vinieron reyes que no fueron fieles al Señor, tanto en Judá como en Israel. El siguiente rey, medianamente íntegro para con Dios, fue Ezequías, quien vivió unos cien años después, y luego el rey Josías, quien reinó unas décadas más tarde.

Esos fueron los únicos reyes fieles a Dios, que obraron como verdaderos reformadores. Pero todos los demás reyes fueron infieles, malvados y adoradores de falsas deidades. Esto corrompió de tal manera el reino de Judá y el reino de Israel, que todos acabaron en cautiverio. La riquísima tierra que Dios les había dado, terminó volviendo a las manos de los enemigos. Las fortalezas fueron desbastadas, y tomadas

por los caldeos y por los asirios, a la vez que los ciudadanos terminaron siendo llevados al cautiverio.

Tal vez Jonadab, siendo tan digno en su proceder, se dio cuenta de la decadencia que se venía sobre la nación, y entendió que la tierra terminaría siendo tomada por los enemigos, y tal vez por eso, dio una orden a su descendencia, de que se convirtieran en un pueblo nómada, que abandonasen la vida sedentaria y que no se acomodaran en la tierra de manera definitiva.

Probablemente, Jonadab entendió que Canaán, finalmente sería reconquistada por los enemigos y que la nación de Israel acabaría en el cautiverio. Según su mandato, los recabitas no debían edificar casas, ni ser agricultores, ni tener viñas. Tampoco debían beber vino, porque Jonadab consideró que, para beber vino, era necesario estar afincados en un lugar, y ese placer sería como una demostración de bienestar y recompensa que no merecían disfrutar.

Casi doscientos cincuenta años después de este momento; en los días del profeta Jeremías, cuando todavía el rey era Joacim, el Señor habló a Jeremías y le dijo lo siguiente: ***“Ve a la casa de los recabitas, y habla con ellos, e introduce, introduce los de la casa de Recab en uno de los aposentos, y dales a beber vino”*** (Jeremías 35:2).

Entonces, Jeremías fue a probar a los recabitas, que en este momento no eran muchos. En realidad, eran un pueblo muy pequeño, que vivían como nómadas, pero que se habían

refugiado en Jerusalén. Entonces el profeta los hizo llevar a la casa del Señor, al templo, y por ese mandato del Señor, les permitió entrar en una de las cámaras del templo, en uno de los aposentos. Estando allí, les sirvió vino para que bebieran con libertad.

Pero ¿qué hicieron los recabitas? Bueno simplemente respondieron: ***“No beberemos vino, porque Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre nos ordenó, diciendo: No beberéis jamás vino, vosotros ni vuestros hijos, ni edifiques casa, ni sembraréis sementera, ni plantarás viñas, ni las retendréis. Sino que moraréis en tiendas todos vuestros días, para que viváis muchos días sobre la faz de la tierra donde vosotros habitáis. Y nosotros hemos obedecido a la voz de nuestro padre Jonadab, hijo de Recab, en todas las cosas que nos mandó, de no beber vino en todos nuestros días, ni nosotros, ni nuestras mujeres, ni nuestros hijos, ni nuestras hijas, y de no edificar casas para nuestra morada, y de no tener viñas, ni heredad, ni sementera. Moramos, pues, en tiendas, y hemos obedecido y hecho conforme a todas las cosas que nos mandó Jonadab, nuestro padre. Sucedió, no obstante, que cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, subió a la tierra, dijimos: Venid y ocultémonos en Jerusalén de la presencia del ejército de los caldeos, y de la presencia del ejército de los de Siria. Y en Jerusalén nos quedamos”*** (Jeremías 35:6 al 11).

De manera que se mantuvieron fieles a sus costumbres. Se negaron a beber vino, tan solo porque así se les había enseñado varios años atrás. Seguramente la tentación fue

muy seductora, como toda tentación. Ellos podrían haber tomado ese hecho, como una posibilidad de volver a establecerse en la ciudad, dejando la incómoda vida de nómadas que tenían. Podrían haberse acomodado a la seguridad que les brindaba la comunidad, y de alguna manera ser un poco más como el resto de los israelitas, Podrían haber terminado con ese absurdo mandamiento de abstinencia, pero no lo hicieron así, no estaba en sus pensamientos el abandonar una orden de un respetable antepasado como Jonadab.

Luego de este hecho, observemos lo que dijo el Señor de la actitud de los recabitas: *“Y vino la palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Ve, y di a los varones de Judá y a los moradores de Jerusalén. ¿No aprenderéis a obedecer mis palabras?, dice Jehová. Fue firme la palabra de Jonadab, hijo de Recab, el cual mandó a sus hijos que no bebiesen vino, y no lo han bebido hasta hoy por obedecer el mandamiento de su padre. Yo os he hablado a vosotros desde temprano y sin cesar, y no me habéis obedecido. Ciertamente, los hijos de Jonadab, hijo de Recab, tuvieron por firme el mandamiento que les dio su padre. Pero este pueblo no me ha obedecido”*.

Y después de esta clara enseñanza, Jeremías se dirigió a los recabitas directamente diciéndoles: *“Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Por cuanto obedeciste el mandamiento de Jonadab vuestro padre, y guardaste todos sus mandamientos, e hiciste conforme a*

todas las cosas que os mandó. Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: No faltará de Jonadab, hijo de Recab, un varón que esté en mi presencia todos los días” (Jeremías 35:17 al 19).

Los recabitas fueron tomados por Dios como un excelente ejemplo de obediencia. No fue que le obedecieron a Él, sino a su antepasado Jonadab, hijo de Recab. Ellos sostuvieron un mandamiento familiar, tal como si fuera un mandamiento divino, y eso fue lo que Dios destacó como ejemplo para todos, porque si los recabitas pudieron hacerlo de esa manera, el pueblo de Israel, también hubiera podido obedecerle fielmente a Él.

Los recabitas tuvieron por vigente y necesario, ese mandamiento familiar, tal como si fuera una instrucción de Dios para ellos, y determinaron actuar de manera tan radical, como el mismo Jonadab en sus días, es por eso, que Dios les reclamó duramente a su pueblo diciendo: *“Ellos tuvieron por firme el mandamiento que les dio Jonadab su padre, y Yo os he hablado a vosotros desde temprano y sin cesar, y no me habéis obedecido...”*

Sin dudas, toda la familia recabita fue absolutamente divergente. Durante años se mantuvieron guardando los mandamientos de Jonadab. Vivieron como nómades, no se edificaron casas, no cultivaron la tierra, no bebieron vino y el Señor los tomó como ejemplo. Tal vez, fueron una burla para el resto de los israelitas, pero ellos se mantuvieron fieles. Fueron tan conservadores, que Dios no solo los utilizó como

ejemplo, sino que los recompensó grandemente por esa actitud.

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”.

1 Juan 3:1 y 2

La Palabra nos enseña, que todos los creyentes nacidos de nuevo, somos miembros de la familia de Dios (**Romanos 9:8**). Mientras que a Jesús se le considera como el Hijo unigénito de Dios, a los creyentes se nos denomina como a hijos renacidos, y como miembros de la familia de Dios.

Ser parte de la familia de Dios, es la mayor bendición que se nos ha dado a los creyentes, y es lo que debería hacernos postrar de rodillas en humilde adoración. No pudimos hacer nada para merecerlo, puesto que todo ha sido el resultado del don de amor, de la misericordia y de la gracia de Dios hacia nosotros, no obstante, estamos llamados a valorar nuestra posición de manera responsable (**Romanos 9:25 y 26**).

Debemos honrar semejante privilegio que hemos recibido, y procurar fidelidad absoluta, aunque eso implique ser divergentes con el resto de la sociedad, o incluso ante familiares de sangre, amigos o compañeros de tareas. El

pensamiento divergente genera acciones diferentes al resto de la sociedad, y es lógico que eso ocurra. Nuestro Padre es el Creador, por lo tanto, debemos ser creativos.

La religión no tiene nada de creatividad, pero el Reino sí. Una generación divergente no es una generación religiosa, más bien es una generación compuesta de gente guiada por el Espíritu, imprevisible y diferente. En muchos casos incomprendidos, criticados, cuestionados o menospreciados, pero siempre, y en todos los casos, con el orgullo de pertenecer a la familia del Rey de gloria.

“Todos nacen de padres humanos; pero los hijos de Dios son los que nacen del Espíritu. No te sorprendas si te digo que hay que nacer de nuevo. El viento sopla por donde quiere, y aunque oyes su sonido, no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así también sucede con todos los que nacen del Espíritu”.

Juan 3:6 al 8 BLS

Capítulo cuatro

Pensamientos Divergentes

“El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Más nosotros tenemos la mente de Cristo”.

1Corintios 2:14 al 16

Hoy en día, la expresión de “pensamiento divergente” es muy común, y es utilizada para definir la capacidad que tenemos las personas, de generar múltiples e ingeniosas soluciones a un mismo problema. Es como un enfoque mental espontáneo, fluido, y no lineal o estructurado, principalmente basado en el ingenio o la ocurrencia.

La evolución de la ciencia ha provocado una aceleración de los pensamientos divergentes, respecto de la creatividad tecnológica, pero no así respecto de la vida

misma. Por el contrario, la comodidad y los supuestos beneficios brindados por la tecnología actual, han generado una disminución de la sabiduría personal para la gestión de la vida y las relaciones.

De hecho, el gran debate de las últimas décadas, está basado en el choque que existe entre una sociedad que demanda creatividad, y una educación absolutamente convergente, donde las estructuras solo encaminan a los estudiantes hacia un embudo enfocado fundamentalmente en la lógica y la razón; sin hacer consideraciones respecto de las capacidades personales.

Las escuelas, institutos y universidades siguen priorizando en su metodología un tipo de pensamiento claramente convergente. Las instituciones educativas le han hecho poco caso a la necesidad de implementar la divergencia en el desarrollo, las capacidades individuales, y eso está generando una débil formación del carácter resolutivo.

Si bien es cierto que en muchas ocasiones esta estrategia de estudio convergente es útil y necesaria, la vida diaria es lo suficientemente compleja, dinámica e imprecisa como para creer que nuestros problemas puedan tener soluciones únicas o lógicas. Pero esto es normal que ocurra, porque en un mundo que opera desde las tinieblas, la idea es anular las opciones.

Viviendo bajo las virtudes del Reino de Dios, todo eso cambia, porque el operar en las capacidades del Espíritu Santo, nos permite pensar con la mente de Cristo, y resolver los enigmas de la vida con extraordinaria sabiduría espiritual, incluso rompiendo algunos paradigmas racionales.

Lamentablemente, en un gran porcentaje, esto ha sido anulado dentro de la Iglesia, por medio de las estructuras religiosas que se han formado durante siglos. Cuando planteo a la religiosidad como nuestro peor enemigo, lo hago porque, aunque parece expresar una vida piadosa por parte de quienes la practican, lo que hace, es anular la verdadera vida espiritual que Dios propone.

Las religiones son divergentes entre ellas, y aún pueden serlo de cara a la sociedad, pero internamente converge en las estructuras de su legalismo. A los religiosos no se les enseña a pensar, sino a obedecer, y eso es muy peligroso y dañino. De hecho, quienes caen en sus redes, son personas orgullosas y necias, porque creen ser dueños de la verdad, pero solo sostienen estructuras que, ni ellos mismos, logran interpretar.

La vida de Reino, no pretende generar mística, pero sí espiritualidad verdadera. No pretende desorden, pero sí la guía del Espíritu Santo. No pretende ignorar a las autoridades, pero sí, exalta por sobre todo la autoridad divina. Cuando estamos dispuestos a ser guiados por el Espíritu Santo, necesitamos de mucha humildad, y no debemos tener temor, porque si lo hacemos de esa manera, la sabiduría de

Dios fluye hacia nosotros, y eso nos genera pensamientos divergentes pero creativos de verdad.

La religiosidad da por sentado, como deben ser las cosas, pero la espiritualidad, está abierta a lo que Dios esté proponiendo. La religiosidad no es creativa, por eso puede conservar sus estructuras durante siglos, pero el Reino es absolutamente dinámico y divergente, por eso, nadie puede dar por lógico a ninguno de sus diseños.

Jesucristo no vino para establecer una religión nueva basada en el judaísmo espiritual. Él vino a establecer un Reino, y nosotros simplemente debemos manifestarlo. Sin embargo, durante estos más de dos mil años de historia que tiene la Iglesia, hemos caído en muchas y perversas estructuras que nos han limitado en esa expresión de Cristo.

Hoy estamos viviendo un tiempo clave, porque a la vez que debemos interpretar correctamente un mundo absolutamente convulsionado y confuso, tenemos la ineludible responsabilidad de profundizar en nuestra comunión espiritual, para recibir dirección sabia de Dios.

“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, Ni han subido en corazón de hombre, Son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios”.

1Corintios 2:9 y 10

Aquí tenemos claramente expresado por Pablo, lo que significa asimilar un pensamiento divergente. En realidad, el apóstol tomó una palabra del profeta Isaías, pero lo hizo para dar, una clara referencia respecto de los cambios que fueron establecidos en el Nuevo Pacto (**Isaías 64:4 y 65:17**). La Ley estaba grabada en piedra y no había lugar para divergencias, pero la vida del Espíritu demanda una recepción constante de la voluntad divina.

Cuando leemos el pasaje de **1 Corintios 2:9 y 10**, no debemos caer en el error de pensar que Pablo estaba descalificando la Biblia como la base fundamental de nuestra fe. El mensaje del Reino, nunca contradice las Escrituras, solo expresa la voluntad de Dios, de una manera práctica y dinámica, a través de toda dirección que el Señor determine darnos.

Ahora bien, si hay cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de ningún hombre, ¿Quién nos las mostrará? El Espíritu Santo de Dios. El mismo Señor Jesucristo dijo: *“Cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”* (**Juan 16:13**), y el apóstol Pablo escribió: *“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios”* (**Romanos 8:14**).

Recibir entendimiento de la voluntad de Dios en todo lo que Él considere necesario, así como ser advertidos, prevenidos o informados de lo que vendrá, es una tarea que

solo el Espíritu Santo puede realizar, y nadie debería tratar de limitar los pensamientos divergentes que puedan surgir, a partir de una impartición divina.

Comprendo también, el temor y el descrédito que genera en algunos, el mal testimonio de los que dicen continuamente “Dios me dijo”, porque atribuyen a la dirección de Dios, todo lo que hacen y terminan utilizando eso como una excusa para hacer lo que ellos mismos determinan. De todas maneras, esa mística contraproducente, no debería ser suficiente para descalificar la verdad de la comunicación divina.

El Espíritu Santo, sí nos habla, y aunque algunos sean engañados por su propio corazón, o abusen de la expresión “Dios me dijo”, cuando, en realidad, Dios no les ha dicho nada, no debería ser suficiente como para apagar, la realidad espiritual de la comunicación genuina del Espíritu Santo.

La mala utilización de una verdad, no debería robarnos el privilegio de recibir dirección divina. Solo cuando recibimos los diseños de Dios, manifestaremos pensamientos divergentes, creativos y sabios. Entiendo que hay algunos ministros del evangelio tradicional, que se niegan a reconocer que Dios puede hablarnos claramente, pero la Biblia es contundente respecto de esa dinámica de vida.

Tenemos muchos ejemplos en el Antiguo Testamento de Dios comunicándose con las personas. Le habló a Noé para que edificara el diseño extraordinario del arca. Le habló

a Abraham para sacarlo de su tierra y de la cultura de su familia. Le habló a Isaac para que aprendiera a ser un bendito. Le habló a Jacob y lo procesó para que dejara de pelear con sus fuerzas.

Le habló a José para convertirlo en un poderoso gobernante en Egipto, le habló respecto de los sueños y de cómo gestionar riquezas. Le habló a Moisés, para que liberara a su nación, le enseñó a manejar el poder sobrenatural de la unción, y realizó, a través de su vida, grandes señales, prodigios y maravillas.

Le habló a Josué para conquistar la tierra, le habló a cada uno de los jueces, para restaurar la paz de la nación cada vez que eran atacados por los extranjeros. Le habló a David, para que ganara innumerables batallas y conquistara Jerusalén. Le habló a Salomón para otorgarle sabiduría y desatar riquezas sobre la nación.

Les habló claramente a los reyes para conducirlos a sus diseños, les habló a los sacerdotes para que transmitieran al pueblo Su voluntad. Les habló a muchos profetas, como a Isaías, a Jeremías, a Ezequiel, o a Daniel. Le habló a Elías para que visitara una viuda, o para vencer a los profetas de Baal en el monte Carmelo. Le habló a Eliseo, para mostrar el poder de la doble unción, y habló muchas veces de manera diferente.

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en

estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder...

Hebreos 1:1 al 3

Dios habló, muchas veces y de muchas maneras diferentes. Es absurdo pensar que a partir del Nuevo Pacto el Señor no continuó con una dinámica diferente, pero mucho más fluida para hablar a cada uno de sus hijos. En Cristo portamos Su Espíritu y recibimos Su permanente dirección, es indiscutible el hecho de que nos sigue hablando.

Los líderes y creyentes de la Iglesia pionera, interactuaban, dependían y hablaban con el Espíritu Santo de manera continua. No eran místicos, eran personas ungidas, que llegaban a comprender que el Espíritu Santo era una parte vital de sus vidas, y que estaba involucrado en todo lo que hacían.

Los invito a observar esta realidad espiritual, a través de algunos versículos, que nos pueden dejar muy en claro, de qué manera, la Iglesia vivía la comunión con el Espíritu Santo, y evaluar así, lo que la Iglesia de hoy ha perdido en lo que se refiere a esta comunión con el Espíritu Santo.

“¿Porqué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?”

Hechos 5:3

“¿Porqué se pusieron de acuerdo para engañar al Espíritu del Señor?”
Hechos 5:9

“Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo.”
Hechos 5:32

“Vosotros resistís siempre al Espíritu.”
Hechos 7:51

“El Espíritu me dijo que fuese...”
Hechos 11:12

“Uno de ellos... daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre...”
Hechos 11:28

“Enviados por el Espíritu...”
Hechos 13:4

“Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros...”
Hechos 15:28

“Les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia.”
Hechos 16:6

“Intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió”

Hechos 16:7

“Pablo fue obligado por el Espíritu, y testificó...”

Hechos 18:5

“Pablo se sintió obligado por el Espíritu a pasar por Macedonia.”

Hechos 19:21 NLT

“El Espíritu Santo me dice ciudad tras ciudad...”

Hechos 20:23 NLT

“Tengan cuidado de sí mismos y de todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los ha puesto como obispos.”

Hechos 20:28

“¿Recibieron ustedes el Espíritu Santo cuando creyeron?”

Hechos 19:2

No son los únicos versículos, pero creo que son los suficientes como para comprender que algo hemos perdido en la vida de la Iglesia actual. Sin dudas, lo que generaba pensamientos y acciones divergentes en nuestros hermanos, era la dinámica de la vida con el Espíritu Santo y creo que eso es lo que debe recuperar la Iglesia de hoy.

Si pretendemos enfrentar los últimos tiempos de manera efectiva, necesitamos recuperar una profunda y fluida comunión con el Espíritu Santo. Debemos devolverle su

lugar protagónico, debemos pedirle que nos hable, que nos enseñe, que nos guíe, que nos diga qué hacer, como hacerlo y qué decir. No debemos tener temor a los engaños, solo debemos tener temor a Dios y ser humildes de verdad.

Esto que planteo no es mística, es una realidad que debemos recuperar. Seguramente, los conservadores no coinciden en esto, porque nos incomoda el obrar del Espíritu Santo. Ellos desean tener el control y para lograrlo, señalan las falsas manifestaciones que algunos pretenden evidenciar como espirituales, cuando en realidad, solo son manifestaciones carnales.

Este es un riesgo que ellos creen que no debemos correr, pero de ninguna manera puedo estar de acuerdo con eso. Los riesgos de una manifestación espiritual falsa, no deben ser motivo de rechazo, al legítimo obrar del Espíritu Santo. Pensar así, no es el resultado de un sano temor reverente, es una atrevida falta de respeto al Señorío de Cristo.

No me gustan para nada, las falsas manifestaciones espirituales, me molestan mucho las acciones carnales disfrazadas de espiritualidad, pero eso no implica que debamos desechar lo verdadero. No tenemos ningún derecho de bloquear la obra del Espíritu Santo, por temor a lo falso. Lo que debemos hacer, es utilizar el discernimiento espiritual y guardar cuidadosamente una profunda comunión con Él, entonces no seremos engañados.

Cuando una mamá cambia a su bebé, le quita el pañal sucio y lo tira a la basura. Nunca tiraría al bebé junto con el pañal. Toma a su bebé, lo abraza, lo cuida, lo hace el centro de su atención, y se olvida del sucio pañal. Tampoco he escuchado jamás, que alguien determine no tener hijos porque inevitablemente ensuciarán pañales. Ese mismo principio debemos utilizar.

Siempre que exista lo verdadero, existirá lo falso, pero nunca lo que no es, puede anular lo que es. Necesitamos imperiosamente recuperar la dirección del Espíritu Santo, necesitamos interactuar con Él, y debemos hacerlo sin mística, con verdadero temor reverente, con respeto, con cuidado y con humildad.

La Iglesia debe ser gobernada por el Espíritu Santo, no por las estructuras humanas. Debemos pedirle perdón al Señor y debemos devolverle Su posición de autoridad. Todos los ministros de hoy, debemos inclinarnos ante Él, como esos ancianos que, ante el trono, arrojaron sus coronas en adoración y reconocimiento (**Apocalipsis 4:10**).

Cuando el Espíritu Santo nos gobierna, nos vienen pensamientos divergentes, únicos y absolutamente creativos. Nos vienen acciones sobrenaturales y cargadas de poder. Cuando el Espíritu Santo es el que gobierna, la Iglesia puede manifestarse libremente. No como una institución religiosa, sino como lo que verdaderamente es, “el cuerpo de Cristo”.

“¡Estos que han trastornado el mundo entero han venido también acá, y Jasón los ha recibido en su casa! Todos ellos actúan en contra de los decretos del emperador, afirmando que hay otro rey, uno que se llama Jesús”.

Hechos 17:6 y 7 NVI

Capítulo cinco

Jesús el divergente

Respondió entonces Jesús, y les dijo:

“De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis. Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió...”

Juan 5:19 al 23

Hoy en día, podemos encontrarnos con personas que dicen que creen en la existencia de un Jesús histórico, y creen que fue un gran maestro espiritual, pero dicen no creer en su deidad. En realidad, creer de esa manera es cruzar el límite de la estupidez. Si creen que solo fue un hombre, que afirmó ser uno con Dios, no puede ser un gran maestro, a menos que

esté diciendo la verdad, y si dijo la verdad, entonces es más que un gran maestro.

Lo que deben definir aquellos que piensan así, es si en realidad Jesús era un mentiroso, un loco, o verdaderamente quien dijo ser. Es decir, no hay forma de reconciliar estos conceptos, o fue y es, el Hijo de Dios, o, de lo contrario, fue un loco o algo peor. Ese es el gran problema que enfrentan los magníficos pensadores. No se atreven a rechazar su comprobada existencia, pero no quieren admitir la verdad que pregonó.

Los más radicales se enojan, desatan su bronca y actúan tal como los fariseos de su época; si pudieran lo crucificarían otra vez, pero lo que no pueden hacer es ignorarlo. El problema que enfrentan, es que Jesús nunca dejó abierta, tal como algunos creen, la opción del reconocimiento. Él pudo decir: ***“Yo y el Padre uno somos”*** (Juan 10:30), y no se puso a explicar cómo funciona eso, Él nunca intentó justificarse en nada, y eso es glorioso.

Sin embargo, observemos la reacción de los religiosos en Su declaración: ***“Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios”*** (Juan 10:33). Por el conocimiento que ellos tenían de las Escrituras, entendían la declaración de Jesús como una afirmación de ser Dios, y vemos que Jesús nunca los corrigió diciéndoles que no se preocuparan, que eso no es lo que trataba de decir; por el contrario, redoblaba su apuesta diciendo: ***“De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham***

fuese, yo soy. Entonces, tomaron piedras para arrojárselas” (Juan 8:59).

Al anunciar Su identidad como el “*Yo soy*”, Jesús estaba confrontándolos con la expresión utilizada por el Padre en el Antiguo Testamento (**Éxodo 3:14**). Para los judíos religiosos, esto era mucho más que una divergencia, para ellos era una blasfemia.

No hay duda de que los judíos entendieron lo que Él estaba diciendo, porque tomaron piedras para matarlo por hacerse igual a Dios (**Juan 5:18**). Tal declaración, si no era verdad, era una blasfemia, y el castigo prescrito por la Ley Mosaica era la muerte (**Levítico 24:11 al 14**). Pero Jesús no blasfemó; Él era y es Dios, en todo sentido igual al Padre.

Jesús usó la misma frase “Yo soy” en siete declaraciones acerca de Él mismo. En todas ellas, Él combinó el Yo soy, con tremendas metáforas en las cuales expresa Su relación salvadora hacia el mundo. Todas se encuentran en el libro de Juan y son las siguientes: “*Yo soy el Pan de vida*” (**Juan 6:35**); “*Yo soy la Luz del mundo*” (**Juan 8:12**); “*Yo soy la puerta de las ovejas*” (**Juan 10:7**); “*Yo soy el buen pastor*” (**Juan 10:11**); “*Yo soy la resurrección y la vida*” (**Juan 11:25**); “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*” (**Juan 14:6**); y “*Yo soy la vid verdadera*” (**Juan 15:1**).

Al intentar explicar las palabras de Jesús, los pensadores modernos, sobre los cuales hago referencia, declaran que, el Jesús histórico no dijo muchas de las cosas

que la Biblia le atribuye. Por supuesto, esa es otra estupidez mayor, porque no tienen forma de respaldar esas conclusiones, a lo sumo, lo único que pueden hacer, es tratar de sembrar dudas, pero solo en aquellos que no hayan recibido la gracia de la regeneración.

Jesús fue absolutamente divergente para los religiosos, pero no respecto de las Escrituras. Él fue a quien el profeta Isaías anunció como un niño que nacería, y como un hijo que sería dado, quien llevaría sobre su hombro un principado, y que se llamaría: Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz (**Isaías 9:6**). Este concepto, de parte del profeta, es extraordinario, porque combina el nacimiento de Jesús como el niño que nacería, y la encarnación de Cristo, como el hijo preexistente que el Padre daría.

El apóstol Juan, dijo que Jesús era el Verbo de Dios y que ese Verbo era Dios (**Juan 1:1**). Otro de los discípulos llamado Tomás dijo: “*Señor mío y Dios mío*” (**Juan 20:28**), y cuando lo dijo, no fue corregido por Jesús. El apóstol Pedro, habiendo sido uno de sus íntimos, dijo: “... *Nuestro Dios y Salvador Jesucristo*” (**2 Pedro 1:1**). El apóstol Pablo lo describe como: “... *Nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo*” (**Tito 2:13**).

Ahora bien, seamos sinceros con esto: Si Jesús no fue quien dijo ser, los discípulos tendrían que haber sido unos dementes crónicos, porque todos ellos murieron por su causa. La pregunta sería: ¿Por qué es importante confirmar la divinidad de Jesús? Bueno, la razón más importante es que,

si Él no es Dios, Su muerte no habría sido suficiente para pagar el castigo por los pecados de todo el mundo, porque habría sido un pecador más (**1 Juan 2:2**), y en su deidad radica Su gracia.

Jesús tuvo que ser hombre para que pudiera morir, pero al mismo tiempo, tuvo que tener una genética santa a fin de que pudiera pagar nuestra deuda (**2 Corintios 5:21**). La deidad de Jesús es la razón por la que Él es el único camino de salvación. La deidad de Jesús es la razón por la que proclamó: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”* (**Juan 14:6**).

Jesucristo no es un camino al Padre, Él es el único camino al Padre. Todo ser humano nace con una naturaleza pecaminosa, y no hay quien no peque alguna vez. Nadie puede alcanzar justicia ante Dios a través de sus propias obras, su reputación, o su santidad personal. Solo podemos llegar a Dios y obtener aprobación, a través de la persona de Jesucristo.

Cristo nos abrió camino, porque Él es el único que bajó del cielo (**Juan 3:13**), se encarnó en Jesús, y vivió una vida humana perfecta (**Hebreos 4:15**). Murió como un pecador, resucitó como Santo, y regresó al cielo para justificarnos a todos (**1 Juan 2:2**). Él es el único mediador entre Dios y los hombres, porque sigue siendo hombre (**1 Timoteo 2:5**). Él es el único a quien Dios ha exaltado hasta lo sumo, dándole un Nombre sobre todo nombre (**Filipenses 2:9**).

“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”

Hechos 4:12

Jesucristo no era comprendido fácilmente, ni aun por sus propios discípulos. Su aparente divergencia, era la constante guianza que recibía del Espíritu Santo. Eso generaba, que nunca nadie, pudiera saber exactamente lo que estaba por hacer. Cuando esperaban que hablara se quedaba en silencio y cuando nadie pensaba que diría algo, impactaba a todos con sus palabras.

No hay dudas de que Jesús era un maestro extraordinario; sin embargo, nadie lo entendía completamente. Casi como confirmando los dichos de Isaías, respecto de que los caminos de Dios, son más altos que los caminos de los seres humanos, o que sus pensamientos, son más elevados que los pensamientos de todos (**Isaías 55:9**).

Jesús hablaba de cosas que estaban completamente fuera del entendimiento de sus oyentes, incluyendo a sus discípulos que estaban todo el día con Él. Sus palabras muchas veces no tenían sentido, porque la plataforma de su comunicación era de otra dimensión. Es por eso que les decía: ***“Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre”*** (**Juan 8:38**).

Si nosotros le describiéramos un paisaje a una persona ciega de nacimiento, le estaríamos hablando de lo que vemos, mientras que él, solo podría moverse a través de lo que oye, o percibe a través de sus otros sentidos, pero no estaría viendo lo que nosotros podemos ver. Eso mismo pasaba con Jesús, Él veía lo que nadie veía y hablaba de lo que otros no tenían experiencia.

Es por eso que le dijo a Nicodemo que le sería necesario nacer de nuevo para ver el Reino, porque el Reino es espiritual; y lo espiritual, debe ser entendido espiritualmente. Los doctores y los maestros de la Ley, creían que por el mucho conocimiento que tenían veían claramente los diseños de Dios, pero Jesús los llamó ciegos y guía de ciegos (**Mateo 15:14**), luego les dijo que el pecado de ellos, era justamente decir que veían cuando en realidad eran ciegos (**Juan 9:41**).

Cuando Jesús vio a la mujer Samaritana tratando de sacar agua del pozo, le dijo: *“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”* (**Juan 4:10**). Esa mujer no pudo entender lo que le estaba tratando de decir, excepto por medio de una interpretación literal, por eso le contestó: *“Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva?”* (**Juan 4:11**).

Esta mujer sabía todo sobre el pozo de Jacob, porque cada día acudía a ese lugar en busca de agua, pero nunca había oído hablar de agua viva. Ese tipo de agua pertenecía a

una esfera espiritual, de la que ella era totalmente ignorante. Con sus ojos naturales, ella podía ver el agua que estaba en el pozo, pero al ser espiritualmente ciega no podía ver el agua viva de la que hablaba Jesús. Así eran los dichos y las enseñanzas de Jesús, espirituales y divergentes.

En una ocasión, Jesús les dijo a sus discípulos: ***“Cuidado, Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”***, pero ellos, una vez más, lo miraban sin comprender lo que les decía, y pensaban dentro de sí, diciendo: ***“¿Esto lo dirá porque no trajimos pan?”*** (Mateo 16: 6,7). Los discípulos no podían ver espiritualmente, por lo tanto, analizaban todo desde el plano natural.

Jesús les estaba hablando de la doctrina de los fariseos, pero los discípulos pensaron que dicha levadura se refería a la levadura del pan. Esto molestó un poco a Jesús, les explicó sobre los peligros de la influencia religiosa. De hecho, Él ya les había dicho: ***“En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo”*** (Mateo 23:2).

En realidad, debemos comprender que para toda la sociedad, incluyendo a estos humildes judíos como eran sus discípulos, los fariseos no eran peligrosos, sino que eran hombres considerados como respetables y sabios. Todos los admiraban y los honraban mucho ¿Cómo podían llegar a pensar que había algo mal con las enseñanzas de estos expositores expertos de las Escrituras?

Esto confundía mucho a sus discípulos, porque veían que Jesús, tenía menos divergencias con los pecadores iletrados, que con estos sabios servidores de Dios. ¿Cómo era posible que alguien enviado por Dios, tuviera grandes diferencias con quienes estudiaban, e interpretaban la Ley? En esa época, nadie dudaba de los dichos de un escriba o de un doctor de la Ley; sin embargo, Jesús los llamaba víboras y sepulcros blanqueados (**Mateo 23:27 y 33**).

Cuando Jesús hizo el milagro de la multiplicación de panes y peces, la gente quedó maravillada, por eso al otro día, salieron a buscarlo cruzando el lago en dirección a Capernaum. Cuando lo encontraron, le preguntaron: **“Maestro, ¿cuándo llegaste?” (Juan 6:25)**. Entonces Jesús les respondió: **“Francamente, ustedes me buscan porque comieron hasta quedar satisfechos, y no por haber entendido los milagros que hice...” (Juan 6:26)**.

Ciertamente, nadie había entendido la dimensión de ese milagro de multiplicación. Todos creyeron que Jesús, era una persona capaz de multiplicar el alimento, por lo cual, pensaron que sería una buena idea, convertirlo en el rey de todos ellos (**Juan 6:15**). La Biblia cuenta que el día que hizo ese milagro, la gente tenía hambre; por lo tanto, el milagro de Jesús había sido absolutamente trascendental. Sin embargo, lo trascendentalmente natural, tenía un trasfondo extraordinariamente espiritual, y eso es lo que nadie podía comprender.

Por esto mismo, fue que Jesús comenzó a decirles que Él mismo era el alimento que ellos necesitaban. ***“Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo”***. Imaginemos el impacto que produjo tal declaración en todos los presentes. Inmediatamente, los judíos comenzaron a murmurar porque había dicho: ***“Yo soy el pan que descendió del cielo...”***

Entonces se decían unos a otros: ***“¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice este: Del cielo he descendido?”*** (Juan 6:42). Nosotros conocemos la historia, y nos da la impresión de que era gente ignorante y falta de entendimiento, pero no era así. Lo que en realidad ocurrió es que los planteos de Jesús eran absolutamente divergentes para la razón.

Ellos se preguntaban: ***¿Cómo puede este darnos a comer su cuerpo?*** Y Jesús, en lugar de explicarles más claramente el asunto, redobló la apuesta diciéndoles: ***“De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”*** (Juan 6: 53).

Jesús les estaba hablando del alimento espiritual. Los fariseos conocían sobre la alimentación con maná en el desierto, y aunque la caída de ese alimento, fue un milagro históricamente reconocido, la referencia que los judíos manejaban era que el maná era una comida natural, un alimento físico. Ellos no tenían idea de lo que era el alimento

espiritual. ¡No estaba en el menú que ellos manejaban! Así que analizaban literalmente las palabras de Jesús, y llegaron a pensar que les estaba hablando de ¡canibalismo!

Esto fue tan impactante para ellos, que sus mismos discípulos dijeron: ***“Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”*** (Juan 6:60). Pero nuevamente Jesús, en lugar de explicarles lo que sabía que era inexplicablemente espiritual, les dijo: ***“El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”*** (Juan 6:63). Esto ya fue demasiado para varios de sus discípulos, por eso, desde entonces muchos de ellos se volvieron atrás, y ya no andaban con Él (Juan 6:66).

Recordemos que Jesús, además de sus doce, tenía unos setenta discípulos, a los cuales, enviaba con su autoridad, para sanar enfermos, liberar cautivos y predicar las buenas nuevas del Reino. Fueron parte de estos discípulos, los que decidieron abandonarlo. En el caso de los doce, Jesús los interrogó diciendo: ***¿Queréis acaso irnos también vosotros?*** Pero el que levantó la voz fue Pedro, diciendo: ***“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”*** (Juan 6:68).

Esta declaración de Pedro, no necesariamente significaba: ¡Nos quedaremos porque entendemos perfectamente lo que nos estás diciendo! La verdad es que ellos, tampoco estaban entendiendo. Lo que Pedro trataba de decir era: ¡No te entendemos, pero creemos que lo que decís es verdad y seguramente viene de Dios! Esta fue una

constante con ellos. Veamos algunos pasajes que lo confirman:

“... Ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle”

Marcos 9:32

“... Ellos no entendieron las palabras que les habló”

Lucas 2:50

“... Ellos no entendían estas palabras, pues les estaban veladas para que no las entendiesen; y temían preguntarle sobre esas palabras”

Lucas 9:45

“... No entendieron que les hablaba del Padre”

Juan 8:27

“... Ellos no entendieron qué era lo que les decía”

Juan 10:6

“Decían, pues: ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos lo que habla”

Juan 16:18

Esto ocurrió muchas veces, porque los discípulos escuchaban todas las enseñanzas de Jesús, pero un gran porcentaje de ellas no llegaban a comprenderlas. De hecho, Jesús hablaba muchas veces por medio de parábolas, y aunque sonaban como enseñanzas sencillas, no había forma

de comprenderlas. Los religiosos se enojaban por eso, porque ellos se creían muy cultos y entendidos, por lo cual era inaceptable para ellos caer en confusión.

Además, la gente coincidía en que Jesús hablaba con autoridad, no como lo hacían los escribas (**Marcos 1:22**). No importaba mucho si no lo entendían, a todos les gustaba cómo enseñaba. Los discípulos, por su parte, se sentían algo frustrados por eso, por tal motivo, al quedar a solas con Él, en más de una ocasión, lo interrogaban respecto de sus enseñanzas, y Jesús amablemente se las trataba de explicar:

“Y él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan”

Lucas 8:10

Aun así, después de todas las explicaciones de Jesús, los discípulos se quedaban meditando, pero sin tener en claro absolutamente nada. Esto no era el resultado de la ignorancia intelectual de ellos, sino que todavía no habían recibido la gracia de la regeneración. Eso es algo que solo pudieron recibir después de la obra de la Cruz.

Jesús tenía contemplación al respecto, por eso les decía: ***“Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; más lo entenderás después”*** (**Juan 13:7**). Esta es la realidad de las verdades espirituales, no pueden ser entendidas, sino espiritualmente. Esto es lo que Pedro escribió claramente: ***“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del***

Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Es por esto que Jesús, en sus últimos días con sus discípulos, se encargó de hacerles saber que se venía un tiempo diferente para ellos.

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber”

Juan 16:12 al 15

¿Esto implicaba que los discípulos llegaban a entender lo que les decía? No, todavía no, ni aun explicándoles esto. No podían entender claramente acerca del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo aún no les había sido impartido. El verdadero cambio les llegó el día de Pentecostés. A partir de ese día, ellos pudieron ver y entrar en las dimensiones del Reino.

Fue entonces, y solo entonces, que tuvieron el poder de beber el agua de vida. Fue entonces que pudieron comer el pan de vida. Fue entonces cuando comenzaron a comprender claramente, conforme a lo que Jesús les había anticipado.

“Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho”

Juan 12:16

La pregunta sería: ¿Cuál es la situación actual de los hermanos hoy en día? Es lógico que las personas sigan sin comprender, pero nosotros los cristianos ¿Estamos entendiendo claramente el Reino? Incluso preguntaría: ¿Después de miles de seminarios teológicos, colegios bíblicos y muchos estudios e investigaciones, hemos logrado entender claramente las dimensiones del Reino? La verdad es que, en general, diría que No. De hecho, las grandes divergencias que sufrimos hoy en día, dentro de la misma iglesia, son una evidencia clara de que ciertas cosas, para muchos, no han cambiado.

Hoy no hay en el mundo doce discípulos, ni ciento veinte en un aposento alto, hoy somos millones de cristianos en el mundo, pero tristemente un gran porcentaje de estos hermanos, han sido formados dentro de las estructuras religiosas. Incluso hay toda una camada de líderes que han operado desde el conocimiento teológico, pero sin recibir la revelación del Reino. Revelación que solo puede ser proporcionada por la vida del Espíritu.

No debería ser así, pero tenemos a muchos ciegos, guiando a ciegos. Muchos líderes, hoy en día, enseñan sobre lo que han leído, pero no sobre lo que han visto. Estos líderes

no utilizan las capacidades espirituales; antes bien, ponen las cosas naturales en lugar de las celestiales.

La recepción de la gracia, se ha convertido en la aceptación de Jesús, el nuevo nacimiento en el bautismo en agua, la comida espiritual en el pan y el vino, la casa de Dios en un gran edificio, el altar de adoración, en una plataforma con escaleras, y la revelación de la Palabra, en la teología sistemática. Ruego a Dios, que nos permita en este tiempo, volvernos en arrepentimiento a la humildad de corazón.

La religiosidad ha sido la lepra histórica de la Iglesia, ruego a Dios, que nos suelte una palabra sanadora, una palabra que nos meta en el río de su Espíritu. No una sola vez, sino todas las veces que sean necesarias para limpiarnos de verdad. Dios nos permita ser como Naamán el sirio, ese general enfermo, que, por una palabra de Eliseo, se metió siete veces al río Jordán, hasta salir limpio de toda lepra, con su piel como la de un bebé.

Dios nos permita ser sanados de toda religiosidad, nos permita ser como niños, con corazones humildes, capaces de recibir la vida que es la luz verdadera (**Juan 1:4**). Dios nos permita saber que no sabemos, y nos revele con plenitud, las dimensiones del Reino, para que podamos ser, una generación de cristianos divergentes, en una sociedad cada vez más oscura y perversa. Una sociedad que ciertamente necesita, que los cristianos resplandezcamos como luminares en el mundo (**Filipenses 2:15**).

“Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento...”

Efesios 1:17 y 18

Capítulo seis

Divergentes Por el Reino

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”.
2 Corintios 5:17 al 20

En este pasaje sobre la reconciliación, el apóstol Pablo dice que los cristianos somos embajadores de Cristo. Esta palabra “embajador” en el griego es la palabra: *“Presbeúo”*, que significa representante. Un embajador es un enviado oficial, que representa a un soberano extranjero, y que proporciona un vínculo entre su país de acogida y el país que representa.

Los embajadores trabajan para construir relaciones, y desarrollar políticas que favorezcan tanto al anfitrión como a su país de origen. Un embajador es designado por el liderazgo de aquellos a quienes él representa y se le da autoridad para hablar en nombre de su nación. Es por esto, que debe conocer muy bien las ideas de sus gobernantes.

Un embajador debe ser muy cuidadoso, porque tiene la responsabilidad de vivir en un territorio y representar a otro. Debe representar fielmente con sus palabras y con sus hechos, la esencia y la cultura de su patria. También debe seguir los valores y las costumbres de su nación, por más difíciles de comprender que estas sean, o por más que directamente, estas costumbres sean rechazadas por la gente del territorio que lo alberga momentáneamente.

Pablo era un ciudadano romano, era judío hasta la médula, pero con la vida recibida en Cristo, se expresó como ciudadano y embajador del Reino. Esto, por más cuidadoso que Pablo pretendiera ser, lo convirtió en una persona divergente, y por tal motivo, también sufrió la hostilidad del sistema. Los embajadores pretenden construir puentes de comunicación con el territorio que habitan, pero deben priorizar de manera absoluta la representatividad de su nación de origen.

Más allá de las raíces naturales de Pablo, su prioridad fue su vida en Cristo. Él dejó de ser un ciudadano del mundo y ya no veía las cosas como un simple judío, sino que

comenzó a ver las cosas desde la perspectiva de un ciudadano del Reino (**2 Corintios 5:17**).

El trabajo de Pablo como embajador del Reino, fue difundir el mensaje del evangelio, y como lo vemos en sus escritos, él consideró tener un mensaje de reconciliación. El Rey de reyes, lo envió a expresar su deseo de reconciliación con todos, pero eso, indudablemente, también significaba la aceptación de sus términos, y la traición contra el reino del mundo en el que vivía, tal así, debe ser nuestro compromiso con la ciudadanía del Reino de Dios.

Si queremos representar al Reino en el mundo, no solo debemos recibir la gracia de la vida en Cristo, sino que también debemos empaparnos en los valores y los principios del Reino, no de la religión evangélica. Nuestra mentalidad debe estar formateada por la revelación del Espíritu, no por la teología sistemática y las doctrinas de una institución.

Debemos no solo creer, sino también vivir según los estándares de nuestro nuevo Reino, lo cual no solo nos creará divergencias con el mundo, sino también con nosotros mismos, o con nuestra pasada manera de vivir. La formación cultural que traíamos, así como la naturaleza pecaminosa que en parte aún nos habita, deben ser nuestros objetivos de conquista primarios.

No podemos oficiar como buenos embajadores del Reino, sin haber asumido completamente su cultura y la nueva naturaleza espiritual en Cristo. Además, debemos

desarraigar los viejos patrones de pensamientos pecaminosos, y los deseos, de la vieja naturaleza viciada, de la cual, debemos despojarnos cada día (**Efesios 4:22**).

Ser un embajador de Cristo es el cumplimiento de la increíblemente importante perspectiva del Reino. Seguir a Cristo significa abandonar nuestro reino personal, y el reino que opera en el mundo. Debemos jurar lealtad al Rey de gloria; a la vez que asumimos, la responsabilidad de contarles a los demás, las buenas nuevas de que todos pueden acceder a la vida de Cristo. Esa es la pura verdad, luego sabrá el Señor, como trabaja a través de ella.

La expresión del Reino, no debe ser violenta, como algunos pretenden, cuando interpretan incorrectamente **Mateo 11:12**, donde dice que desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Los violentos que Jesús menciona en este pasaje, eran los religiosos que, de manera hostil, no permitían que Dios gobernara a su pueblo tal como Él deseaba.

Nosotros, por el contrario, debemos ser humildes, dejándonos conducir por el Señor, conforme a su perfecta voluntad (**Mateo 11:29**). La capacidad que tengamos de rendirnos a la voluntad de Dios, será nuestra efectividad para la expresión del Reino. Eso es lo que inevitablemente producirá divergencias con nuestro entorno.

“Dios utilizó su poder para darnos todo lo que necesitamos, y para que vivamos como él quiere. Dios nos dio todo eso cuando nos hizo conocer a Jesucristo. Por medio de Él, nos eligió para que seamos parte de su Reino maravilloso. Además, nos ha dado todas las cosas importantes y valiosas que nos prometió. Por medio de ellas, ustedes podrán ser como Dios y no como la gente pecadora de este mundo, porque los malos deseos de esa gente destruyen a los demás”.

2 Pedro 1:3 y 4 BLS

Los que no recibieron la gracia salvadora de Cristo solo tienen la naturaleza humana, pero nosotros tenemos dos naturalezas, y eso nos hace divergentes. Esta dualidad es descrita por Pablo como un tesoro, contenido en un cuerpo de barro (**2 Corintios 4:7**). Este tesoro no está compuesto de piedras o metales preciosos, sino que es la persona del Espíritu Santo que nos habita.

Nuestro cuerpo es barro y al barro volverá (**Génesis 3:19**), porque está sujeto a un proceso de muerte permanente. Nuestra alma está en proceso de redención y nuestro espíritu renacido, está madurando en plena comunión con el Espíritu Santo de Dios. La inestabilidad de nuestro ser, ahora está anclada a la estabilidad de Cristo, para que podamos vivir en las virtudes de Su gracia.

Esto es lo que nos hace absolutamente diferentes a los demás. Antes andábamos desordenados y vacíos, lo cual, en muchas ocasiones, nos sumergía en el dolor, en la depresión,

y en la injusticia; sin embargo, cuando recibimos la gracia de Cristo, ya no somos como los demás. El tesoro recibido es eterno y perfecto. El Espíritu Santo no miente, no se equivoca, no engaña, tiene una perfecta humildad, tiene un amor perfecto, y toda la sabiduría. Él ahora vive en nosotros, y es imposible, no ser divergentes en comunión con Él.

Cuando disfrutamos la comunión que tenemos con el Espíritu Santo, la naturaleza de Cristo es aumentada en nosotros. Eso nos permite alcanzar cada vez pensamientos más excelentes, acciones más trascendentes y palabras más edificantes. La fructificación pasa a ser una realidad permanente, y todos pueden notar esa vida fluyendo a través de nuestras acciones.

Cuando tocamos la vida de Cristo, Su naturaleza puede expresarse a través de nosotros, produciendo experiencias cada vez más destacadas. Toda experiencia que evidencie la bondad humana puede ser digna, pero no hay nada como la manifestación de la naturaleza divina. Ser tocado por el tesoro que portamos siempre será enriquecedor para todos.

Después de ser arrestado en Jerusalén, el apóstol Pablo apeló a su derecho como ciudadano romano y solicitó ser juzgado en Roma, pero él tenía muy en claro, que su misión era llegar a Roma como embajador del Reino. Su ciudadanía terrenal le abrió la posibilidad de apelación, pero su naturaleza divina le permitió viajar con la intención de manifestar el Reino.

Pablo fue enviado a esa ciudad, en un barco de carga, que no solo lo transportaba a él, sino también, a otros doscientos setenta prisioneros. Antes de llegar a la isla de Malta, el apóstol les dijo: ***“No sigamos avanzando, por ahora no conviene, porque vamos a tener problemas”***; esta actitud, no es exclusiva de Pablo, es una característica de todos los hijos de Dios guiados por el Espíritu, ya que en comunión con Él, adquirimos la capacidad de conocer incluso lo que ha de venir (**Juan 16:13**), siempre y cuando Dios lo determine necesario.

No obstante, a pesar de la advertencia de Pablo, nadie le prestó debida atención. El capitán del barco, menospreciando sus palabras, respondió irónicamente con una pregunta: ***“¿Qué puede saber este hombre del clima?”***. Habiendo dado su advertencia, Pablo simplemente hizo silencio y el barco siguió su rumbo. En medio de la travesía, el clima se complicó, y tuvieron que enfrentar una tormenta feroz en el mar Adriático.

Estuvieron once días a oscuras, sin poder ubicarse en tiempo y espacio, navegaron a ciegas y con gran temor. La situación se volvió desesperante. Sin embargo, Pablo habló nuevamente diciendo: ***“Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave. Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo...”*** (**Hechos 27:22 y 23**).

Pablo, tampoco perdió la oportunidad de recordarles que él, ya se los había advertido. Él les estaba dejando en claro, que los dichos anteriores, así como los que estaba por anunciarles, provenían de Dios, porque la comunión que sostenía con el Señor, le permitía la clara recepción de las realidades futuras.

“El ángel me dijo: Pablo, no temas, es necesario que comparescas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo...” Esto es genial, porque Pablo se mostró como un embajador del Reino, enviado con un propósito trascendente, preservarlos a todos y predicar el evangelio. Luego de eso les dijo: ***“Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios, que será así como se me ha dicho. Con todo, es necesario que demos en alguna isla”*** (Hechos 27:25 y 26).

Luego, tomó pan, lo partió y todos comieron. Finalmente, el barco encalló en una isla desconocida que resultó ser Malta. Los habitantes de la isla mostraron amabilidad hacia los náufragos y los acogieron. Aunque estaban muy agotados y asustados; tal como había predicho Pablo, todos llegaron a tierra de manera segura.

En esa dura experiencia, el apóstol Pablo, dejó en claro quién era y quién estaba en Él. Por eso, en el peor momento, pudo soltar una palabra de fe que bendijo a todos. Estas cosas son las que ocurren cuando somos portadores de la presencia de Dios. Somos divergentes por causa de Él, y somos de bendición, aunque algunos pretendan ignorarnos.

Todos éramos completamente de barro, pero, cuando Cristo llegó a nuestras vidas, nos hizo renacer, no de simiente corruptible, ni de voluntad de padre o madre, sino de Su simiente divina, la semilla de Cristo que fue plantada en nuestros corazones, para que el tesoro de Su persona viva en nuestro interior. Ahora tenemos dos naturalezas, solo debemos procurar que el barro, no impida la manifestación del gran tesoro de Dios que nos habita, porque eso es, lo que nos hace divergentes y enriquece a todos.

“Estando ya a salvo, supimos que la isla se llamaba Malta.

Y los naturales nos trataron con no poca humanidad; porque encendiendo un fuego, nos recibieron a todos, a causa de la lluvia que caía, y del frío. Entonces, habiendo recogido Pablo algunas ramas secas, las echó al fuego; y una víbora, huyendo del calor, se le prendió en la mano.

Cuando los naturales vieron la víbora colgando de su mano, se decían unos a otros: Ciertamente, este hombre es homicida, a quien, escapado del mar, la justicia no deja vivir. Pero él, sacudiendo la víbora en el fuego, ningún daño padeció. Ellos estaban esperando que él se hinchase, o cayese muerto de repente; más habiendo esperado mucho, y viendo que ningún mal le venía, cambiaron de parecer, y dijeron que era un dios”.

Hechos 28:1 al 6

La superstición pagana de los habitantes de Malta, les hizo pensar, que Pablo debía ser algún homicida o pecador horrible, ya que todo le estaba saliendo mal. Primero, estaba preso, su apelación lo estaba conduciendo a Roma, y aunque

había acertado con sus predicciones, no dejaba de ser un detenido más, quien sufrió con los demás, esa terrible tormenta que casi los mata a todos, y por último, lo acababa de atacar una víbora cuando procuraba calentarse en el fuego. La suma de todas esas cosas, les hizo pensar que era un hombre bajo maldición.

Sin embargo, al comprobar que el veneno de la serpiente no le estaba afectando en lo más mínimo, cambiaron radicalmente de opinión, y pasaron de criticarlo, a decir que era una especie de dios. En realidad, eso que produjo Pablo en las personas, es lo que deberíamos generar quienes caminamos en la unción del Espíritu Santo.

Por causa de la fe, y de los caminos divergentes, podemos ser cuestionados, criticados, y rechazados. Si algo negativo nos sucede, la gente se pregunta: ¿Cómo puede ser que le pasen estas cosas, si la bendición de Dios está con él? Por el contrario, cuando Dios se manifiesta sobrenaturalmente a nuestro favor, pretenden admirarnos y con algunos comentarios pueden llegar a exaltarnos en demasía.

“Cerca de donde estábamos había unos terrenos.

Pertenecían a un hombre llamado Publio, que era la persona más importante de la isla. Publio nos recibió y nos atendió muy bien durante tres días. El padre de Publio estaba muy enfermo de diarrea, y con mucha fiebre.

Entonces Pablo fue a verlo, y oró por él; luego puso las manos sobre él, y lo sanó. Cuando los otros enfermos de la

isla se enteraron de eso, fueron a buscar a Pablo para que también los sanara, y Pablo los sanó”.

Hechos 28:7 al 9 BLS

La vida divina está llena de las riquezas de Cristo. El Señor desea que nuestro caminar, cuando sea y donde sea, pueda enriquecer a todos. Es por eso, que debemos orar como Jesús nos enseñó: *“Venga a nosotros Tu Reino y hágase Tu voluntad aquí en la Tierra como en el Cielo...”* La autoridad que Dios nos otorga en Cristo, no es para un culto de domingo, sino que para que la pongamos en práctica en cada actividad de nuestra vida cotidiana.

Tocar la autoridad, implica haber tocado Su presencia, tocar Su presencia es entregarnos completamente a Su gobierno. La autoridad espiritual es la que nos permite ser de bendición en todo lugar y con toda persona. Pablo estuvo en la casa de Publio durante tres días, y dio testimonio como embajador del Reino, sanando a su padre y a cuanto enfermo llegó en busca de una sanidad.

Si nuestra comunión con Dios es profunda, y logramos tocar Su presencia, no estaremos tocando emociones, sino realidades espirituales que nos revisten de autoridad. Esto no es así porque nos acercamos a recibir, es todo lo contrario. Recibimos, porque en Su presencia siempre perdemos algo de nosotros mismos, y es entonces, cuando recibimos una medida mayor de Su persona.

Es imposible tocar Su presencia sin sentir el accionar de la cruz. Él es la verdadera vida, y en Su presencia, siempre se procesa lo mortal para que seamos vivificados. El fluir de esa vida verdadera, es la manifestación del tesoro, y es lo que enriquece a todos. Esto no se produce por ser evangélicos, ni por conocer teología, sino por conocer las profundidades de Su presencia.

“Cuando llegamos a Roma, el centurión entregó los presos al prefecto militar, pero a Pablo se le permitió vivir aparte, con un soldado que le custodiase”.

Hechos 28:16

El hecho de que Pablo se quedara allí una semana, demostraba la confianza que había entre él y Julio, el centurión asignado para protegerlo y llevarlo a Roma. Eventualmente, Julio entregó a Pablo al oficial imperial junto con la carta de Festo, explicando el caso y su propio informe.

La carta de Festo no contuvo ningún cargo criminal en contra de Pablo, y seguramente el reporte de Julio le fue favorable, así que Pablo, no estaba acuartelado con los otros prisioneros, sino que se le permitió tener una habitación privada, probablemente con Lucas y con Aristarco. Esto fue así, al menos por un período de dos años, hasta que su caso por fin llegó ante el César. Lucas se encargó de escribir, y detallar, que en ese tiempo solo había un soldado de guardia que los cuidaba.

Pablo no se demoró mucho en avanzar con su misión, a pesar de estar bajo arresto domiciliario en Roma. Lo primero que hizo fue llamar a los líderes judíos para intentar explicar por qué lo habían arrestado, y lo hizo, antes de que llegaran los alborotadores de Jerusalén, y continuaran con los ataques en su contra.

Sorprendentemente, le dijeron que ellos no estaban conscientes de ningún problema con los líderes en Jerusalén, pero que sí sabían que él, se había unido a la secta que antes perseguía, y estaban deseosos de saber algo más al respecto. Como siempre, Pablo aprovechó la oportunidad y les predicó el evangelio del Reino, con los mismos resultados que había tenido cuando predicó en las sinagogas de Judea, Siria y otros lugares por el Imperio Romano.

Incluso, Pablo les dijo a los judíos, que tenía planes de predicar ese mismo mensaje del Reino a los gentiles, porque la intención de Dios es la inclusión de todos. Por supuesto que esto, no le gustó mucho a los judíos que guardaban la Ley de Moisés, y evidenciaron gran hostilidad contra Pablo, pero nada lo detuvo a la hora de hacer y decir lo que debía como embajador del Reino.

Lucas termina su informe en el libro de los Hechos, al decir que los judíos salieron divididos, algunos creyendo y algunos no. Lo que sí queda en claro, es que Pablo, por un periodo de dos años, continuó predicando a judíos y gentiles desde la cárcel en Roma. Incluso, los que se convirtieron, tanto judíos como gentiles, fueron quienes llevaron el

evangelio de la ciudad capital del imperio hasta los confines de la tierra.

Fue desde ese lugar de detención, que Pablo afectó a varios guardias pretorianos que se convirtieron a Cristo (**Filipenses 1:13**), y afectó a muchos otros, de la casa del César. Además, tal como si trabajara para alguna editorial de gran prestigio, escribió las cartas a los Efesios, a los Filipenses, a los Colosenses y la carta a Filemón. Escritos que formarían parte de Biblia, y afectarían al mundo entero.

Tanto en **Filipenses 1:23** como **Filemón 1:22**, escritos realizados casi al final de su segundo año de encarcelamiento, Pablo escribió que estaba esperando confiadamente su posible liberación. La tradición nos dice que después de su absolución planeaba un viaje a España (**Romanos 15:24, 28**) y que también visitó a varias congregaciones que había establecido en sus primeros dos viajes misioneros.

Pablo, un fiel embajador de Cristo, un hombre que nos sigue desafiando con la historia de su vida, a ser canales de bendición al mundo. Un hombre que nos impulsa a salir de las limitaciones mentales y avanzar con la certeza de que podemos ser de influencia, sin límite alguno.

Tal vez, y esto sí debo aclararlo, el mayor límite que debemos enfrentar en estos días, es el de las cuatro paredes, no de una celda, sino de nuestros salones de reunión. Creo que estamos demasiado enfocados en activismos vanos y sin sentido de expansión.

Siempre digo que Pablo, tal vez, no pudo imaginar lo que ocurriría con sus hechos. Tal vez no consideró como algo tan trascendente sus obras, pero cuando somos embajadores del Reino, somos divergentes, y los divergentes del Espíritu, no pueden pasar desapercibidos, porque todo lo que nos atraviese, proveniente de Dios, es eterno y será de bendición para muchos.

Unos años más tarde, Pablo fue encarcelado por segunda vez, durante la persecución de Nerón a los todos los cristianos. Aun así, en ese tiempo final, siguió predicando y escribiendo mucho, como por ejemplo la segunda y última carta, a su discípulo Timoteo, luego fue decapitado en Roma en 67 d.C. Dejando un legado extraordinario, que seguramente brillará hasta el regreso del Señor.

Sus cartas inspiradas por el Espíritu Santo, siguen siendo tan divergentes que aquellos que las estudian sin Su operación, solo reciben letra y confusión, mientras que los hijos de la regeneración comprometidos y entregados a una comunión verdadera, recibimos verdadera vida, verdadera luz y libertad verdadera.

Con sus escritos y sus ejemplos de vida, Pablo nos impulsa a vivir conducidos por el Espíritu, y cuando hacemos eso, indudablemente actuaremos como divergentes, porque no se puede aceptar los desafíos de la fe, y al mismo tiempo, actuar como personas comunes. La fe es locura para las personas naturales, pero para nosotros es poder de Dios.

“Lo más importante es que reconozcan a Dios como único rey, y que hagan lo que él les pide...”
Mateo 6:33 BLS

Capítulo siete

Las divergencias Finales

*“Pero debes saber esto: que en los últimos días
Vendrán tiempos difíciles”.*

2 Timoteo 3:1

Una de las tantas definiciones que podemos encontrar de la palabra divergencia, es que se dice, de las cosas que son opuestas entre sí, o que no coinciden en opiniones o ideas. Esto será absolutamente notorio en los tiempos finales, entre la Iglesia entendida y el sistema, pero no será tan así, con aquellas congregaciones que no están siendo advertidas de lo por venir.

Ciertamente, la iglesia en los últimos tiempos se enfrentará a una serie de peligros, que puede llevar a un gran porcentaje de cristianos hacia una verdadera apostasía. Pero, ¿qué es apostatar? Es negar aquello en lo que se había creído al principio. Es la corrupción o la perversión de una verdad sobre la cual se había establecido una formación primaria.

La apostasía puede sobrevenir sobre cualquier creyente que no esté bien instruido, sea por recibir un evangelio liviano, carente de demandas, o por el engaño producido por el espíritu de la religión. La Biblia advierte, claramente, que este peligro será una realidad en los tiempos finales. El mismo Señor Jesús anunció una verdadera crisis de fe (**Lucas 18:8**), y una crisis de amor por Dios y por el prójimo (**Mateo 24:12**).

El apóstol Pablo, afirmó que esta situación de apostasía, será un factor clave, en la creación de condiciones necesarias para la manifestación del anticristo, al cual describe como el hombre de iniquidad, o el hijo de perdición. Por lo tanto, debemos estar atentos y prevenidos de lo que sobrevendrá en los inminentes tiempos del fin.

“Nadie os engañe de ninguna manera; porque esto no sucederá sin que venga primero la apostasía y se manifieste el hombre de iniquidad, el hijo de perdición”

2 Tesalonicenses 2:3

El descuidado apetito, de muchos cristianos por oír cosas nuevas, y el recibir lo sobrenatural, generarán el caldo de cultivo necesario para el engaño. La falta de instrucción bajo los parámetros del Reino, abrirá camino a los falsos ministros que aparecerán con doctrinas erróneas, y engañosas señales, que dañarán de manera letal a muchos hermanos. El Señor Jesús advirtió:

“Porque surgirán falsos ungidos y falsos profetas que harán señales y milagros para engañar, de ser posible, aun a los elegidos. Así que tengan cuidado; los he prevenido de todo”.

Marcos 13:22 y 23 NVI

Nos enfrentamos a un mundo donde el avance tecnológico y la globalización, están creando puentes para potenciar la comunicación. No solo estamos viendo cómo pueden manejar fácilmente la información, sino que también estamos experimentando ensayos de manipulación de masas, controlando pensamientos y acciones, tal como se hizo durante la pandemia vivida unos años atrás.

Los intereses creados por quienes manejan los hilos del poder, son el fundamento de los movimientos globales, y no podemos negar, que la sociedad está respondiendo tontamente a esos cantos de sirenas engañosos y perversos. Como resultado de esto, entrará en escena el enviado del maligno, aprovechando la credulidad para confundir y hacer alianzas, que estarán contaminadas por una clara oposición a los valores del Reino de Dios.

Actualmente, aunque muchos líderes cristianos no lo perciban, estamos siendo sometidos a una presión diabólica que ya ha quebrado valores en la sociedad y que pretenden penetrar la Iglesia, buscando arrastrar a los cristianos a valores necios, impuestos por filosofías modernas, que pretenden instalar la idea de un mundo mejor, unido por la lucha contra ciertos flagelos.

La corriente de pensamientos que busca ser la base de una sociedad mejor, solo es un sincretismo que pretende, al menos en teoría, no oponerse a ningún tipo de tradiciones o creencias espirituales. En realidad, esto solo es un intento de penetración en todo estrato de fe, con la idea de sembrar medias verdades que perviertan la verdad absoluta del Reino de Dios.

El orden que se procura establecer, dice no ser un movimiento vinculado a lo espiritual, pero ciertamente lo es, y se infiltra abiertamente en todos los marcos del diario vivir; política, cine, televisión, música, teatro, ciencia, psicología, teología, medicina, arte, ecología, economía etc., con la idea de socavar los principios fundamentales del Reino, mezclándolos con ideas teosóficas y humanistas, en donde todo sea aceptable.

En esta pretendida corriente de pensamiento social, cabe todo, y todo es aceptable, porque se refugia bajo la bandera de la libertad. Aquí es donde el gran remanente de la Iglesia, con mentalidad de Reino, debe evidenciar sus divergencias, generando una inevitable confrontación que culminará en hostilidad, en persecución y en muerte.

“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios...”

1 Timoteo 4:1

Debemos estar muy alertas, y utilizar el discernimiento espiritual producido por una profunda y verdadera comunión con el Señor. La religiosidad, el legalismo y la manipulación que algunos líderes pretenden como sistema de protección, será absolutamente inútil, porque lo que se necesitará es una Iglesia que funcione bajo la dirección del Espíritu Santo, y que sea divergente por su grado de revelación, no por una simple formación teológica sin vida y sin luz.

Por otra parte, las congregaciones formadas por un evangelio de ofrecimientos sin demandas, tampoco tendrá la solidez necesaria para enfrentar la crisis que vendrá. La ausencia de una consciencia clara, respecto del señorío de Cristo, dejará sin armadura alguna a muchos hermanos que no comprenderán lo que están viviendo, ni aun cuando estén en el ojo del huracán.

Las instituciones o denominaciones que sostengan un sistema de trabajo, basado en obtener resultados numéricos, en pos de ellos mismos y no del Reino, tampoco podrán sostener sus estructuras en medio de la debacle que vendrá sobre el mundo. Hay demasiados ministerios enfocados en ellos mismos, trabajando más para el pequeño reino que han creado, que para el Reino de Dios.

“Más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable...”

1 Pedro 2:9

La iglesia debe ser la comunidad de los alcanzados por la gracia soberana, de los que después de recibir la vida, llegamos a ver y por causa de ver, llegamos a entender que Jesucristo es el Señor y el Rey de nuestras vidas. La Iglesia no es una institución religiosa, sino un organismo vivo, es por eso que no se desarrolla educando a pecadores, sino madurando a renacidos para una vida de Reino.

Cuando somos discipulados bajo una mentalidad de Reino, nos constituimos en una comunidad de hijos llenos del Espíritu Santo (**Hechos 13:52**). Hijos que no evalúan su espiritualidad por la asistencia a los cultos de domingo, sino por medio de la expresión de la vida y la fructificación. Eso es lo que entendía la Iglesia pionera, y es lo que debemos recuperar, si es que pretendemos enfrentar eficientemente la gran hostilidad de los últimos tiempos.

“Y decidieron vivir como una gran familia. Y cada día los apóstoles compartían con ellos las enseñanzas acerca de Dios y de Jesús, y también celebraban la Cena del Señor y oraban juntos. Al ver los milagros y las maravillas que hacían, la gente se quedaba asombrada. Los seguidores de Jesús compartían unos con otros lo que tenían. Vendían sus propiedades y repartían el dinero entre todos. A cada uno le daban según lo que necesitaba. Juntos alababan a Dios, y todos en la ciudad los querían. Cada día el Señor hacía que muchos creyeran en Él y se salvaran. De ese modo, el grupo de sus seguidores se iba haciendo cada vez más grande”.

Hechos 2:42 al 47 BLS

Los hermanos del primer siglo, no pasaban el tiempo centrando todas sus actividades en un edificio, pretendiendo el crecimiento numérico en las reuniones, sino que esparcidos por las casas y las calles de la ciudad, hacían la labor de expansión del Reino. El diseño de la Iglesia estaba pensado para manifestarse en el mundo, no para escaparse de él. Es por eso que consideraban fundamental, la comunión espiritual entre ellos y con el Espíritu Santo, de quien dependían totalmente.

Los apóstoles no pretendían fundar cada cual una denominación diferente, sino que trabajaban para el cuerpo, comprometidos en enseñar el Reino, tratando de vincular a la gente con Dios, no con ellos mismos.

Hoy en día, tenemos a muchos apóstoles hablando de paternidad espiritual, pero forman a la gente para que los reconozcan y los honren a ellos más que a Dios. Estos apóstoles no conectan a la gente con Dios de manera directa, sino que ellos, intencionalmente, permanecen en el medio, no oficiando como los canales de bendición que deberían ser, sino obteniendo beneficios personales, como si verdaderamente fueran ellos los padres y no Dios, a quién en realidad deberían representar.

“Ahora, Dios nuestro, mira cómo nos han amenazado. Ayúdanos a no tener miedo de hablar de ti ante nadie. Ayúdanos a sanar a los enfermos, y a hacer milagros y señales maravillosas. Así harás que la gente vea el poder de tu siervo Jesús, a quien elegiste. Cuando terminaron de

orar, tembló el lugar donde estaban reunidos, y todos ellos quedaron llenos del Espíritu Santo. A partir de ese momento, todos hablaban sin temor acerca de Jesús. Todos los seguidores de Jesús tenían una misma manera de pensar y de sentir. Todo lo que tenían lo compartían entre ellos, y nadie se sentía dueño de nada”.

Hechos 4:29 al 32

Si deseamos crecer como iglesia, tenemos que anular el espíritu mercantil del crecimiento numérico, y pensar en la calidad de vida de los que forman nuestras congregaciones. Ciertamente, el crecimiento institucional es el último refugio de los que trabajan egoístamente, y al final no pueden fructificar, porque basan y desarrollan sus estructuras en simples obras muertas.

En la Iglesia del primer siglo, había una conciencia de pecado que producía temor de Dios, cosa de la cual carecemos hoy día, pues aun muchos líderes pecan y actúan sin la menor muestra de temor. No debemos ser legalistas, ni religiosos, pero sí debemos ser hijos llenos del Espíritu Santo, que a pesar de conocer y vivir permanentemente en la gracia, conocen el temor reverente al Padre.

En esa Iglesia pionera, todos tenían las cosas en común, ninguno decía ser el dueño exclusivo de nada. Esto revela una entrega y un desapego total respecto de todo lo material. No había egoísmo, ni espíritu consumista, ni búsqueda de bienestar personal. El uno vivía para el otro, compartían todo, y se identificaban con las necesidades de

los demás, incluso entregando sus bienes para ayudar a los hermanos.

Yo sé que esto, hoy en día, parece una simple utopía, pero esa percepción solo es el resultado de una triste realidad que nos envuelve. Esto no solo lo vemos en la mayoría de los hermanos, sino también en las instituciones mismas, que compiten unas con otras, para ver cuál tiene o edifica el salón más grande, quien tiene las mejores dependencias de trabajo, un número mayor de anexos, o una mayor cantidad de gente. La visión materialista, no solo está dominando totalmente la escena social, sino también dentro de la Iglesia y de los hermanos.

En la Iglesia del primer siglo, se evidenciaba la divergencia con el mundo, porque todos perseveraban unánimes en todo y eran de una misma mente y un mismo parecer. Reflejaban claramente la unidad espiritual, tenían el mismo sentir hacia Dios y hacia el mundo. Todos iban por el mismo camino, tenían dirección, identificación, y claridad en todo lo que hacían.

Eran perseverantes, aun en las persecuciones y la hostilidad del sistema, no se ofendían fácilmente, ni se cambiaban de autoridad continuamente, como ocurre hoy en día, pues se ha desvirtuado tanto el concepto de pertenecer a un cuerpo, que cualquiera cambia de lugar y de liderazgo, ignorando que todos somos la Iglesia, la única Iglesia.

Hoy en día, es muy fácil ver a hermanos que se muestran súper ungidos, y a los pocos días, no desean ni congregarse. Hoy son fieles y mañana infieles, no perseveran y no están unánimes con los demás, porque cada cual anda por su lado, en busca de lo suyo propio, incluso puedo ver que, quienes lideran, también piensan y enseñan con ese enfoque.

Los hermanos del primer siglo, vivían con alegría y sencillez de corazón, no porque cantaban o saltaban en un culto, sino porque a pesar de vivir bajo hostilidad y persecución permanente, entendían que el gozo del Señor era su fortaleza (**Nehemías 8:10**). De hecho, debo reconocer que hoy en día, me siento muy molesto cuando los coordinadores de culto, nos hacen movernos, saltar, girar, danzar o levantar las manos de manera especial, y no me molesta por tener apatía, sino porque me parece algo absolutamente artificial, y carente de toda genuina espontaneidad.

El gozo, como fruto del Espíritu, es tranquilidad, satisfacción, expresión de felicidad. Es sencillez natural, es obrar desde el corazón, es sentir la esencia del amor, más allá del simple sentimiento del alma. El gozo del Espíritu no es saltar cuando nos dicen que saltemos, o aplaudir cuando nos dicen que lo hagamos; y no estoy diciendo que todo eso esté mal, digo que no deberíamos abusar de la superficialidad, porque los mismos que saltan y gritan, al rato están deprimidos o peleados entre sí.

“Dado que Dios los eligió para que sean su pueblo santo y amado por él, ustedes tienen que vestirse de tierna compasión, bondad, humildad, gentileza y paciencia. Sean comprensivos con las faltas de los demás y perdonen a todo el que los ofenda”.

Colosenses 3:12 y 13 NTV

Los hermanos del primer siglo, tenían favor para con todo el pueblo, eran una Iglesia en el mercado. Estaban dispuestos a servir a todos, no solo a los de la casa de Dios. El mundo los miraba como un modelo. Ellos se granjeaban el aprecio de los pecadores por su ejemplo, como dijo Jesús:

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Mateo 5:16

Si en verdad deseamos ser efectivos en los últimos tiempos, debemos observar el comienzo de la Iglesia, y sumarle a esa unción que los caracterizó, toda la sabiduría otorgada por los siglos. Esa Iglesia pionera, era muy ungida, pero todavía no había un claro entendimiento del Reino, ni del Nuevo Pacto. Hoy no tenemos excusa al respecto, se supone que los años, nos han permitido comprender las cosas con mayor amplitud.

Tristemente, y esto lo expreso como maestro, hay muchos ministros del evangelio, que no comprenden el Reino, utilizan la expresión para enseñar, pero no tienen

revelación de los alcances de la vida del Reino. Muchos son apóstoles, pero en realidad no comprenden lo que eso significa. Utilizan su apostolado como un rango de autoridad institucional, pero no comprenden su dinámica.

Muchos ministros de hoy, no comprenden el Nuevo Pacto, y esto es muy lamentable, pero es así. Contar con más de dos mil años de historia, debería aportarnos un bagaje de conocimiento excepcional; sin embargo, cuando algunos escuchan el mensaje del Nuevo Pacto, sienten temor y dudan de sus extraordinarias virtudes.

Si deseamos ser efectivos en los tiempos previos a la venida del Señor, debemos procurar la espiritualidad genuina. La comunión verdadera y la dirección del Espíritu Santo, nos convertirá en una generación divergente y efectiva. Recordemos que Dios no cancela planes, lo que Él dijo simplemente sucederá. Lo que Dios sí hace, es esperar una generación que comprenda su propósito y se aliene a Su voluntad, lo cual espero que podamos hacer nosotros.

“... Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella, para hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la Palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable”.

Efesios 5:25 al 27 NVI

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

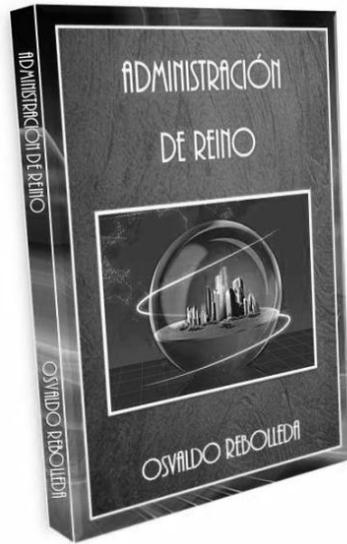
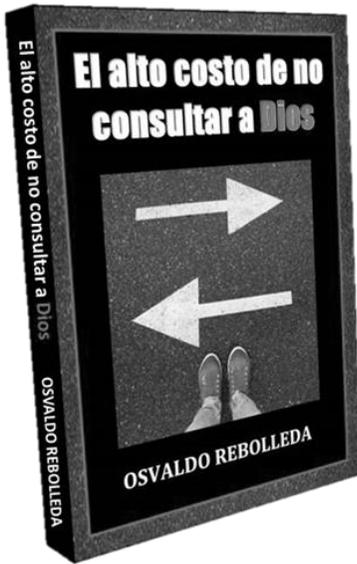
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

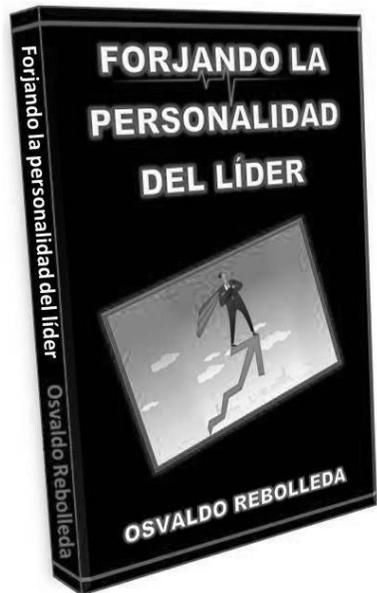
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

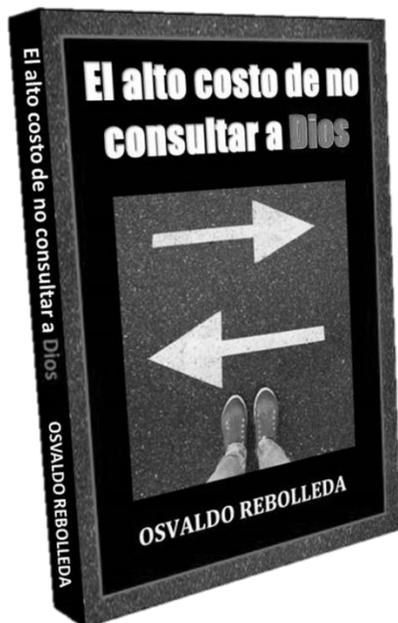


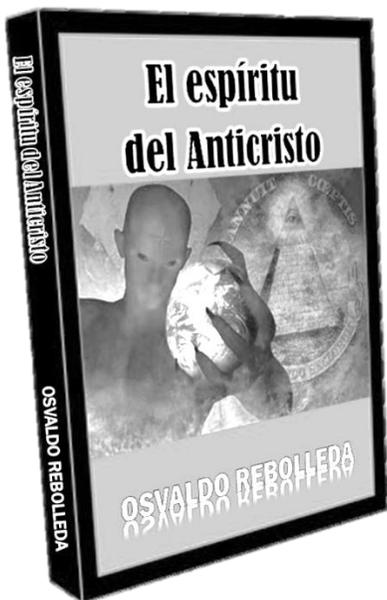
www.osvaldorebolleda.com



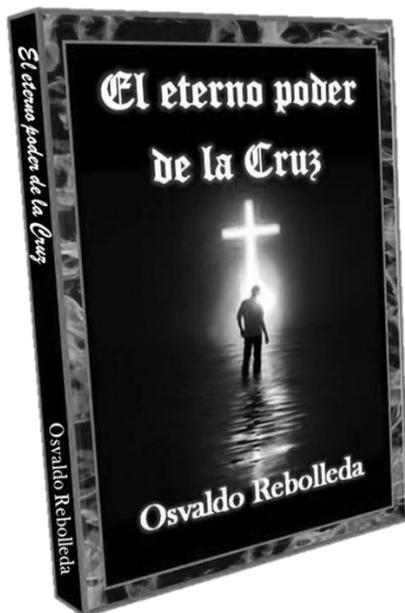
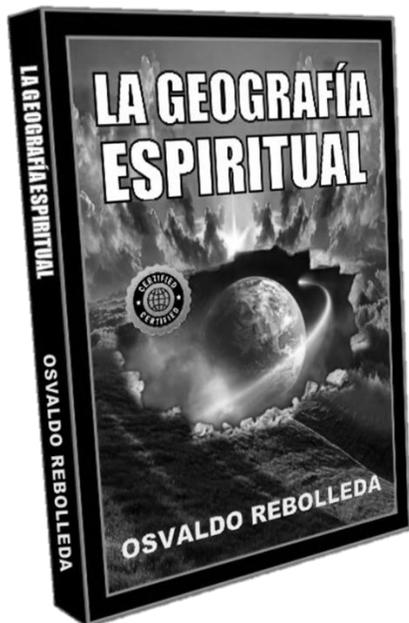


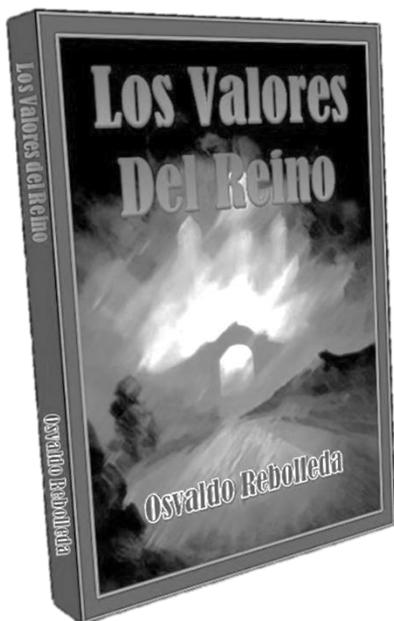
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com

